AÑO XXVIII — Nº 1390.

EL DIA

MONTEVIDEO, SETIEMBRE 6 DE 1959

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



HOMENAJE DEL "ELBIO FERNANDEZ" A JOSE P. VARELA

(Fotografía Juan Caruso)

La Sociedad de Amigos de la Educación Popular celebró el 90º aniversario de la fundación de la escuela y liceo "Elbio Fernández", custodia y heredera del espíritu valeriano, habiéndose realizado una interesante ceremonia por los alumnos ante el monumento a José Pedro Varela.

APUNTES DE FIESTAS PATRIAS

Dibujo de PIERRE FOSSEY



PARA LA AUSENCIA DE ALEJANDRO MICHAELSSON

"...de la juventud, la alegría, que es el ambiente de la acción, y el entusiasmo, que es la palanca omnipotente."

J. E. RODO - "Ariel"

EN cada uno de nosotros se conjuga la doble actitud de espectadores y protagonistas del juego heroico de la vida y la muerte. Y para quienes asisten, privilegio triste, a la despedida de grandes afectos, dar testimonio del adiós, implica un desgarramiento que debe superar el trance del torbellino emotivo, para que la herida reciente no empañe la lucidez justiciera del recuerdo, ni lo vuelva sospechoso del desborde sentimental que suele magnificar la medida humana del ausente.

Y con ese afán de valoración serena, evocamos al amigo Alejandro Michaelsson, que nos abandonó en mitad de la jornada, como quien corta un diálogo sin terminar la última frase.

Cayó en plena juventud, antorcha que se apagó de golpe dejando ese hueco de sombra intensa de toda luz que se extingue en forma inesperada. Cuesta creer en la muerte de Alejandro: el corazón niega tercamente, muchas veces, la evidencia; el sentimiento siempre habla más alto que la razón.

Porque parece imposible no ver más a ese gran muchacho, alto y apuesto, que cruzaba con paso largo y la cabeza un poco gacha los umbrales de EL DIA. Parece imposible que se haya llevado su sonrisa y la mano cordial que ofrecía sin esfuerzo. Que eso fue Alejandro Michaelsson: una sonrisa franca y una mano viril abierta hacia la amistad.

De su hombría constructiva, queda en el viejo diario la novedad del impulso vigoroso con que infundió aliento moderno al ritmo de la casa. Formado en el fervor de una militancia periodística que es ya proverbial en la prensa del país, Alejandro Michaelsson se identificó con la estirpe de luchadores que por vínculos de familia y compenetración de ambiente, le dejaron un legado de grandes conquistas: acervo ideológico de inagotables posibilidades, en el que Alejandro tomó el modelo de su acción, como renuevo del mismo tronco, sin romper la tradición, sin disociar pasado y presente, visionario entusiasta de un futuro en superación incesante que ya no lo tendrá como testigo.

Una certera facultad de aprehensión global de los problemas, centraba el haz de sus condiciones mentales, tensas y aguzadas para las percepciones rápidas, incrementadas por el constante ejercicio de las mismas en busca de soluciones fecundas, ya se tratara de los problemas inherentes al diario, o de aquellos vinculados a su profesión de arquitecto.

Pero si fue valioso por su intelecto, no lo fue menos por su caballerosidad, su temple reservado, su ademán benévolo y comprensivo, su sensibilidad, su sencillez de buen tono que salvaba jerarquías y ponía persuasión en donde un carácter y un alma de menos quilates hubieran empuñado la prioridad del mando. Batallaba por sus ideas, como los soñadores, que suelen ser más prácticos de lo que se cree: no hay peor obstinado que el idealista. Y todo sin perder pie, sin discusiones inútiles, sin confundir sus juicios, firme razonador erguido en una cultura sólida, enriquecida en viajes y estudios; en la plenitud intelectual que en el meridiano de la cuarentena promete las mejores cosechas, rico de ricas aptitudes y una conducta, en alto como el más preciado florón que puede ostentar en su escudo un hombre; sin duda la herencia más inapreciable para sus pequeños hijos.

Hemos dicho otras veces que EL DIA, es más que un diario, un símbolo; y que bajo su techo se experimenta la seguridad y el poderío de una vibración histórica que irradia desde el ayer, cuando un muchachón valeroso escribía editoriales desafiantes mientras rondaban las calles los bandidos de Santos que amenazaban su vida. EL DIA es la biografía misma de Batlle y de su linaje; y es asimismo la biografía de la democracia uruguaya. Porque el periodismo entendido con un sentido elevado y rector de cátedra cívica, es mucho más que una noticia local o un resumen de telegramas del extranjero. Después de Batlle, sus hijos prestigiaron el ejemplo; y entre ellos, Lorenzo Batlle Pacheco tuvo la preocupación de la novedad técnica, de las grandes máquinas, del mejoramiento, de todo lo que significara crecer. Fueron así obra suya, hijos de su noble propósito de crear una enciclopedia gráfica de la actualidad, este suplemento dominical que pronto cumplirá veintiocho años de vigencia, y el otro, más joven, nacido en 1957, para cuya confección adquirió las costosas maquinarias del equipo de huecograbado en colores, ese suplemento popular de los jueves que no llegó a ver, pero que tuvo en Alejandro Michaelsson el ejecutor de aquella iniciativa, el prolongador del anhelo que puso Lorenzo en servir a los lectores no sólo la información que el diario proporciona, sino, además, los elementos culturales que encierra el uno y la amenidad vistosa del otro. En este último, aplicó Alejandro el incentivo de su actividad, su personal sentido del periodismo moderno, con el mismo estilo con que se singularizaron los edificios construídos por él; como si hubiera recogido, caído de la mano inerme de Lorenzo, el mensaje de seguir andando que obedeció hasta el instante temprano e inesperado de la partida.

Y si hubiera de buscarse para su lápida un epitafio digno de su memoria, al modo de aquellos, plácidos, lacónicos y expresivos, con que en las necrópolis de la antigua Roma se sintetizaba sobriamente a la hora de morir, la vida toda de un hombre, diríamos sobre el recuerdo de Alejandro Michaelsson, como el más alto y difícil homenaje a su ejecutoria moral:

Mereció la fe que se puso en él.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



Recuerdos de Treinta y Tres

EL LICEO VIEJO

No va quedando nada de lo que fue aquello. Y pensar que éste podía ser el título de una novela. Novela de dos o tres mil páginas. O más; porque ¡mire que pasó vida por aquella casa vieja!

Pero algo tiene que quedar del pobre liceo viejo. Algo más que estos recuerdos nuestros, que se irán a la tierra un día. Podría ser un cuadro grande, por ejemplo.

Un cuadro que reuniera y fijara lo más "grueso" de adentro y de afuera; lo que todos vemos delante de los ojos cuando decimos "liceo viejo". Seres y cosas que, de a uno, son seres y cosas entre millones de seres y cosas. Pero que juntos son, por donde se les mire, esta cosa sola que, si nos sobra en el alma, hace tiempo nos está faltando allí donde fue lo que fue y envejeció. Si no nos apuramos en esa tarea restauradora, llegará un momento en que faltará del todo y para siempre. Desgraciadamente, nuestros hijos no heredarán estos espíritus que nos andan por adentro y que quisiéramos trasmitirles en la sangre. En la sangre o en lo que fuese, con tal que los sintieran así.

●



Este mal apunte tiene el solo objeto de decir: Más o menos por aquí existió y más o menos esto fue aquella casa vieja por donde pasó tanta vida.



En el lugar que ocupa esta puerta, perteneciente hoy al moderno edificio del Centro Democrático, estuvo la puerta por donde entrábamos y salíamos.

Los dos frentes, tendrían que aparecer: el de Pablo Zufriategui, que llegaba hasta la puertita del baldío del fondo por donde entró más de uno a borrar deficientes, cambier algún escrito o comer nísperos y naranjas. Hasta allí llegaba. Hasta allí justamente, había alcanzado uno a quien el profesor de Matemáticas mandó trazar una línea indefinida. Había empezado en el pizarrón, seguido por la pared del salón de clase y recorrido patio, zaguán y frente, rayando. Lo sujetó Juárez al llegar a la puertita.

—¿Quiandás hasiendo?

Explicó:

—Trai esa tiza.

—No me queda más que este toquito.

—Benga el toquito.

Se lo entregó. Con el toquito en la mano, Juárez le hiso seña para atrás con el pulgar:

—Ahora, pasá pa la Diresión.

Pasó y el rafito era el pororó de la boca de don Héctor Cutinella, allá adentro. El de la línea indefinida, desapareció por algún tiempito. Volvió buscando aquella marca. La fue a encontrar hecha dos o tres iniciales de "Definida", en la libreta del profesor de Matemáticas.

Tres ventanas se abrían por este frente de Pablo Zufriategui. Poco se abrían; eran tan grandes, que seguido las andaban confundiendo con puertas, después de pasada la lista y en los descuidos del profesor.

En la esquina sí había puerta; la que daba al salón de Dibujo, que era salón de Actos con esa puerta abierta. Allí había conferencias, recitales, recepciones, homenajes, salones de primavera con los dibujos del año y esto: asambleas estudiantiles. Lo más lindo que se vio entre aquellas paredes, aquel piso y aquel techo. Lindo por todo; pero principalmente, por la ausencia de profesores. Ausencia física; porque espiritualmente, iban desfilando todos. Los invocábamos nosotros. Nuestro era el "derecho inalienable e imprescriptible" de juzgarlos uno por uno. Y de declarar "írritos, nulos, disueltos y de ningún valor para siempre", sus "alevosos" llamados a dar la lección, sus "insidiosas" preguntas, sus "ultrajantes" deficientes, sus "inconsultas" echadas para afuera; y sobre todo, sus "cobardes" reuniones trimestrales a puerta cerrada, cuyos "manoseos de tome y traiga", escuchábamos con un vaso contra la pared medianera, desde lo de Téliz. Qué asambleas, aquéllas! El juego que estarían dando hoy sus versiones taquigráficas, para las nuevas generaciones! "Nunca tantos dijeron tanto de tan pocos."

Además, eran lindas por cosas menos importantes, pero importantes. Allí nacían y morían las comisiones directivas; a veces morían a puñetazo limpio, de puro duras de morir. Allí nacían y morían las huelgas. De ellas, hay que recordar la que se hizo contra el régimen marcista. La policía repartió "leña", porque se cantaba el "tiranos temblad" del Himno y principalmente, porque se gritaba "abajo la dictadura" de Terra. Hubo quien, después de romper la huelga revólver en mano, para hacer entrar a su hija, mandó telegrama a Terra, diciéndole: "Estudiantes treintaitresinos insubordinados contra su dictadura". Cuestión de conciencia. Tal vez no lo mandaron preso, porque era un jefe muy conocido. Y "dictatorialazo".

●

En esa época, el titular del poder era don Héctor Oscar Cutinella. Las ganas que daban de tomar por asalto aquel cuartel general, hacer prisionero al comandante, cantarle unas cuantas verdades sobre tolerancia, reglamentos, calificaciones y demás, y borrar cuanto deficiente estuviera bajo su custodia. Después devolverlo a su puesto con algunas condiciones "sine qua non" y retirar las fuerzas para que no pretextara coacción.

Queda todo dicho, si se dice que, con Cutinella de Director, las cosas marchaban a pedir de boca; o sea "tirantecitas". Y queda todo dicho, porque este don Héctor era una cosa bárbara. Si sería cosa bárbara que, no bien salía de allá adentro y bajaba aquellas escaleras, allí no más, ya daban ganas de agarrarlo a abrazos. Y apenas doblaba la esquina de enfrente, cuando ya el hombre había pisado tierra y volvía a su real tamaño, andábamos mismo a los abrazos con él.

Ocasiones nos llevaba a su casa de la calle Real, que fue antes de don Lucas Urrutia. Allí nos hacía oír sus versadas famosas, nos iniciaba en alguna lectura que nos prohibía en el Liceo y se hacía petiso conversándonos de mil cosas lindas que sacaba de cuanto libro hay o inventaba por cuenta propia. Lo mirábamos y nos parecía mentira, que aquel viejo guitarrero, prosa, chistoso y reidor "que sacaba como una polvareda", fuese capaz de aplicar una sanción disciplinaria, allá en sus dominios de Director. O de ponerse a enseñar gustoso, aquella cosa que se llamaba Idioma Español, sabiendo todo aquello otro en que se le desataba la lengua. Pero de las dos cosas, era capaz sin vuelta.

Don Héctor se jubiló. La noticia de su alejamiento nos cayó de golpe. Y nos dejó sin asunto; con las caras hasta el pecho, nos dejó. Aún viéndolo en el propio Liceo, por esos días antes de irse, casi lo identificábamos con el medio padre aquél de las conversaciones en la casa. Fue una temporadita corta, en que el Liceo parecía no tener director ni estudiantes, de tan parejo y serenito que quedó todo. Como una tregua fue, hasta que él bajese. Nadie hubiera sido capaz de romper hostilidades.

De lo que todos fuimos capaces, cuando dejó definitivamente la Dirección, fue de entregarle un álbum firmado, en acto con discursos en el salón de Dibujo, lleno hasta la boca. Llorando, nos hizo llorar, el viejo. Bajó chiquito, de aquel sitial de combate. Entró grandote, en el corazón de todos los que lo rodeábamos aquella noche. Y de muchos más. Grandote; hasta ahora.

●

Después que se fue la señorita de Ballestrino, el rey de la Bedelía —a la izquierda del zaguán— fue Lindolfo Acosta.

Del Bedel hay que ser amigo siempre. Y de Lindolfo lo éramos todos. Claro, menos por Bedel que por macanudo. Que lo era, como buen espiritista. Ocasiones estaba el profesor ya dando la clase y la "indiada" escuchando a Lindolfo. Unos, porque les gustaba más, derecho viejo; otros, porque le andaban disparando a algún llamado; todos, porque no había peligro de falta. Entonces Jina Rajadasa, Krisna Murthi, el nirvana, el Ramayana, la reencarnación y mucho más de todo eso se nos andaban saliendo de la boca hasta en la clase de Química.

●

Verdadera institución dentro de la Institución, era la Portería. Es decir, Juárez con el gancho de tocar campana. Nada más, porque no es cuestión de contar la percha de Bedelía donde colgaba el gancho; colgaba como quien cuelga el arma o el instrumento. Nada más, pero nada menos; porque Juárez sin el gancho o el gancho sin Juárez no era más que Juárez o el gancho. La prueba está en que, las veces que el gancho anduvo en otras manos, el toque de campana resultó cosa como de juguete, a la que nadie hizo mucho caso. Tenía que ser Juárez; él traía el pulso de quince o veinte años en aquello.

Dos campanazos de entrada, uno de salida. No erraba. Erró una vez que lo llamó Cutinella al dar el primer golpe; por atender, no dio el segundo. Y otra que el Chano Cacheiro le hizo cosquillas abajo del brazo, cuando ya había enganchado, le salieron como diez campanazos esa vez.

La otra función importante de Juárez era la de hacer pasar para la Dirección. Andaba celoso en su cumplimiento, cuando aparecía alguna prohibición nueva. Tal vez órdenes de arriba, para imponer la norma. Como era medio petisón, andaba perdido entre la muchachada. Uno lo veía, cuando ya lo tenía arriba, golpeándole el hombro y agregando con serena convicción, el consabido "pasá".

De los que pasamos por el Liceo, es difícil que haya uno, que pueda decir que nunca "pasó". Y a muchos, la pasada les terminó en una "pasada".

Juárez había sido milico en sus mocedades; seguro que de ahí le venía semejante severidad en hacer cumplir los reglamentos.

Al salón de dibujo se entraba por una puerta desde la Bedelía y por otra desde el patio. Por allá, entraba Aramís Mancebo Rojas hecho un ventarrón, a dar Dibujo y Geografía; por acá, los estudiantes a paso tortuga, a recibir Geografía, Dibujo y cuentos. Para cada una de las tres materias, había preferencias. Y por eso Mancebo se esmeraba en las tres. En Dibujo, ni qué decir, porque era buen pintor; que lo diga en todo caso, el Olimar, si era o no era. En Geografía... oh! manes de don Miguel de La Blanche! Y en cuentos, Mancebo era creador. Condimentaba con pimienta y ají. El que no se reía cuando eran graciosos, no figuraba en la rueda de invitados por el profesor, que se formaba después en el café "de arriba", cuando la clase de Dibujo o la de Geografía, eran la última. O la primera... Caña blanca para todo el mundo.

En aquel mismo salón, Nilo Goyoaga daba Filosofía, Literatura e Historia. El sí que daba. Si todos dieran así; sin mucho ruido, como dan los que saben dar... ¡Qué apuntes los de Goyoaga! Con ellos se salvaron muchos exámenes en Montevideo. Y se perdieron en Treinta y Tres.

Goyoaga era todo un señor profesor. Todo; del pelo a la voz. Algunos hallábamos que hasta fumaba como debe fumar un señor profesor. No mandaba ni tuteaba. Llamaba por señor o señorita fulanos de tal. Promovía discusiones; tranquilas las discusiones. Pedía pareceres, "desenredaba la madeja", "cuarteaba a los empantanados", abría caminos "monte adentro", amojonaba la oscuridad de puntos luminosos. Después, decía: "Apunten". Y todo el mundo apuntaba. Aunque no todos "pegasen", después.

Haciendo martillo con el salón de Dibujo, estaba el de Historia Natural. Llamado así, por el museíto. Pero también, como todos, salón "orquesta".

Para empezar por el "dueño de casa", allí el Dr. Antonio Pereira Rodríguez daba la materia epónima, Biología e Higiene, y Ciencias Geográficas. Profesor y médico, Pereira Rodríguez. Hermano de Enrique, también profesor y médico. Y hermanos los dos, de aquel otro del mismo apellido, José, que en tiempos no lejanos, había dejado a medio o tres cuartos Treinta y Tres en la estación, agitando pañuelos y mirando húmedo al ferrocarril que se lo llevó para la Capital, después de haber sido Director del Liceo. Más tarde fue terror nuestro, cuando llegaba como Inspector de Secundaria para los exámenes. Un hombre que no permitía copiar un escrito ni por caridad. Eliminaba como quien canta.

Se reivindicaba en Montevideo, sirviéndonos de baqueano insuperable, en cuanto trámite debíamos cumplir allí para seguir estudios. Eso sí, como crítico y poeta, no pudimos negarlo ni cuando hacía aquellas entradas de Inspector. Nos sobraban ganas, pero nos faltaban razones.

Bueno, ¿y Antonio? Antonio enseñaba y enseñaba enseñando. Esto se entiende, recordando que hay de los otros: los que enseñan enredando; que son unos cuantos.

Eso sí, era muy serio Pereira Rodríguez. No se reía ni el último día de clase. Con decir que no se rio la vez que pretendimos convencerlo de que no habíamos entendido "un pito" de una lección sobre batracios (sapos y demás), que nos marcó para el día siguiente al de una fiesta muy linda donde nos habíamos visto las caras con él mismo. No se rio. Nos empezó a llamar por orden de lista y aquello fue una quemazón de la A a la Z. Si no se rio de eso, menos había de reírse el día que, después de varias preguntas infructuosas, a un canarito "bien vagoneta", como tirándole una tabla para que se salvase de la solitaria y vergonzante "D", lo mandó mover la rótula y el canario empezó a golpear los dientes.

En general, se le estudiaba al Dr. Pereira. Primero, por aquello de buen profesor;

segundo, por esto de serio; tercero, por Médico que no cobraba a los estudiantes; y cuarto, por Presidente de Southampton, un cuadrito de fútbol muy perdedor, en el que

También allí daba Cosmografía don Augusto Nogueira. Con él nos encontrábamos de entrada, por Matemáticas, en primero; y de salida, por Cosmografía, en cuarto. De salida es un decir; porque muchos, justamente por ella, anduvieron "peludiando" para salir del todo.

Nogueira era bravo; bravo porque explicaba tan claro, cosas tan difíciles, que no se podía echar para arriba suyo, la culpa de no saberlas; como se podía con algún otro. Bravo, además, porque tenía una voz, unos movimientos y una mirada, que al más "pintado" lo hacía "arrollar y atar a los tientos". Claro que hasta el más asustado, volvía a "desatar" y "desarrollar", cuanto Nogueira mostraba apenas la punta de una sonrisa grandota que en cualquier descuido se le andaba escapando.

Era Agrimensor y le calculaba a uno hasta por la mirada, cuándo y qué no había estudiado. Nunca se vio mayor precisión. Dicho por autoridades reconocidas, como Julio César Ubilla, Mauro Guasque, Hugo Barcelo, Batlle Fernández y compañías.

Otro de aquel salón, era Valentín R. Macedo. Tanto era, que alguna vez que tuvo que ir a otro, dijo que no se "ayeitaba". Con él, como con Goyoaga, aprendiendo Literatura, se aprendía a querer la Literatura. Y a querer al profesor.

Menudito y Escribano como era, Valentín tenía ese empuje de hombre de la tierra; cálido, abierto, barbudo y desplanchado. Había sido tropero y daba la clase caminando de un lado para otro, como a la culata de doscientas o trescientas reses. Hablaba hasta con los ojos y las manos; lindo, hablaba. No cantaba allí, tal vez por falta de tiempo o guitarra. Se iba a cantar allá a los montes del Cebollatí, disparándoles al pueblo y a las escrituras. Cantaba solo y al aire libre, entre mate, churrasco y caña, esos versos agridulces como fruta silvestre que después se juntaron en "Hombre y campo".

Con Valentín no se podía perder un examen. No podían ni esos que forcejean hasta lo último, por perder.

Casi siempre también en aquel salón, daba Idioma Español, Adémar Magallanes. Inteligente, el Coco. Nos daba la impresión de ser hombre más para la Literatura que para lo que tenía entre manos. Sabía mucha Gramática; pero más que enseñarla, sabía escribir cosas lindas. Y las escribió. Perdidas por ahí andan; porque Magallanes era un desorejado en cuestión orden. Era un bohemio, de esos que le andan resbalando al mundo. Y que no le sobran del todo, porque casi siempre tienen un huequito donde hacerse un lugar. El lo tenía humilde y sencillo. En el alma sencilla y humilde de los Soñto Pérez, los Ansina, los Fidelino, los Jibé y tantos otros, lo tuvo. Y lo dio en aquellos escritos lindos, hondos y tiernos, que habrá que recoger un día, para riqueza de las letras treintaitresinas.

Completaba la lateral sur del edificio, el salón de Química; de Química, por el laboratorio. Y aquí hay que hablar de José Ignacio Olascuaga. Difícil, ahora. Difícil porque es imposible acostumbrarse a saberlo muerto. Muerto él, tal vez el más joven de entonces. El más pletórico, el más alegre el más dicharachero. ¡Qué va a morirse José Ignacio! Está en el corazón de todos los que se asomaron un instante a su alma grande, por su mirada buena o por su pecho cálido.

Con las Matemáticas de Peopacio Machado, terminaríamos este salón, si no faltara don Juan J. Sabatino. No tuvimos la suerte de tenerlo ni él la desgracia de tenernos. Lo conocimos de paso y por mentas. No por el pelo, porque ya lo había perdido. En la Dirección de la Escuela de Varones, lo había perdido. Al Liceo, ya llegó sin él y mansito. Daba Geografía también. Enseñaba a lo Maestro. Conquistaba con la sonrisa y con ella solía dar algún "tachazo". Todo el mundo lo llamaba Don Juan; más por lo bueno que era, que por ser ése su nombre.

Y llegamos a Machado. Grande, pachorriento y buen mozo, Machado le llegaba hondo a las Matemáticas. Lo que no le gustaba, era la pedagogía menuda. El llenaba y llenaba bien lleno aquel pizarrón de fórmulas. Preguntaba si alguno había entendido algo y antes de que nadie contestara, tomando silencio por asentimiento, borraba todo y empezaba de nuevo. Después



Entrañable recuerdo de aquellos tiempos: nuestro grupo de cuarto año (1938), en compañía del entonces Director, Don Jaime García Aust.

mandaba pasar. Sólo Echenique, el Negro Oscar Ramos, Juancito Fabeiro o los canarios Rubén Acosta y Luis B. Hernández, podían reproducir aquello. Acaso Mirta Rodríguez, el chiquito Eudoro Tabeira o Blanca Silva, alguna vez.

El otro martillo, era el que hacía, con el salón anterior, el de Física. El nombre le venía del gabinete.

Allí campeó don Domingo Almirati. Viejo ya, tenemos que ponerlo aquí. Nos decía que estaba aburrido de veinte años de Física. Nosotros nos hacíamos cargo, aburridos de meses no más.

Don Domingo ocupó interinamente la Dirección, cuando la dejó Cutinella. Poco tiempo. Recién estábamos queriendo entrar en hostilidades, cuando llegó don James García Aust de Durazno, donde parece que había dejado huellas medio semejantes a las que dejó Pepe Pereira Rodríguez en Treinta y Tres.

Don Domingo abría caminos con aquella franqueza golpeadora que tenía. Casi siempre, caminos de afecto. Era también hombre sencillo y directo; cortante, a veces. Decía lo que tenía que decir, aunque dejara blanqueando el hueso. En Treinta y Tres se han dado mucho estos hombres así. Tal vez sea esa la raíz de la generosidad que se le atribuye al pueblo. La sinceridad, es limpieza de alma.

Don Domingo debe haber sido uno de los primeros dentistas del pueblo.

Cada salón, además de la puerta de entrada por el patio, tenía otra siempre cerrada de firme. Frente al salón de Física, estaban los tres nísperos. Estaban los árboles; de la fruta, ¿para qué hablar?

En las composiciones que nos mandaban hacer Cutinella, Goyoaga, Macedo y Magallanes, decíamos que el comienzo de las clases era cosa muy linda. Mentira. Lindo es ahora; y será cada día más. Pero entonces, lo único que se veían eran caras estiradas, que se iban acortando a medida que llegaban las primeras vacaciones, que era la semana de turismo.

—Y ahora, ¿qué tenemos? ¿Viejo Nogueira, petiso Cutinella, panzón tal o pesau cual?

"Cosa triste, la finalización de las clases", poníamos en las composiciones aquellas. Mentira también. Lo único triste que tenía, era no salir exonerado. Como salían aquellos felices mortales de excepción, que algunos llamaban "tragas", pero que se llamaban Guadiela Rosé, Miguelita Quintela, Hielde Machado, Beba Larrambere, Brenda Sarasola, casi todos los nombrados en la clase de Peopacio y cientos más. Porque parece que los somnolientos, mateados y farreados repasos, se hubiesen hecho para aquellos sufridos compañeros de pena y aflicción, cuya interminable lista encabezábamos con Alberto Abrevaya, Julia Caballero, Artigas y Homero Barboza, Sara Stern, Lino González, María Cristina Cabanelas, Gladys y Teresa Recarte, Mirta Mederos y un par de miles de etcéteras.

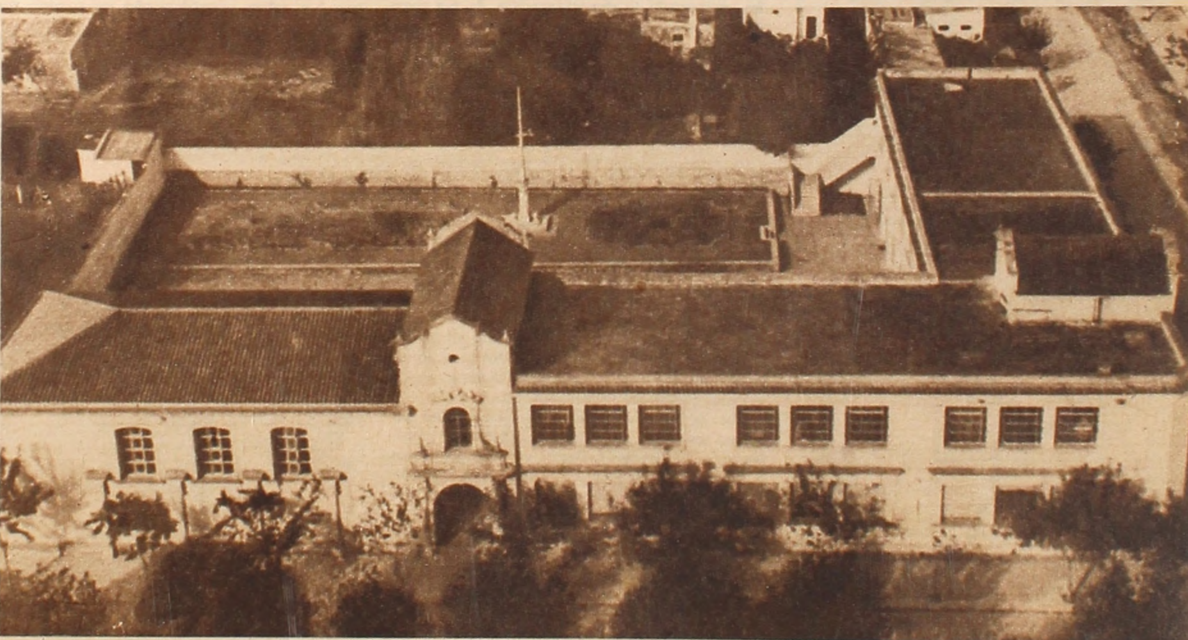
Después del repaso, nos re-encontrábamos en los exámenes. Andábamos juntitos unos con otros; como para darnos calor. Porque siempre hacía frío en aquellas temporadas de diciembre y febrero. Un frío que hacía sudar.

En las composiciones, decíamos que durante las vacaciones íbamos a leer muchos buenos libros, preparar puntos flojos, recordar los gratos momentos de clase, esto y lo de más allá. Tercera mentira más grande que el Liceo. Nos íbamos a divertir a todo lo que daba cuerpo y alma. Unos, a trabajar, que hasta eso era divertirse, entonces; otros, a bailar y parrandear de lo lindo, durante aquellos poquititos tres meses esmirriados, que empezaban terminando.

Y estamos a unas pocas líneas del final de esto. Apenas cerrar, con exclusión de tantos nombres y cosas y hechos, que solos no más, seguirían llenando páginas. Pero no hay que olvidar que estamos en un capitulito de aquella gran novela que fue el Liceo viejo. Novela que quedaría completa, si varios representantes de cada generación —uno por grupo— dieran sus capítulos. Ojalá eso se haga. Habría que cumplir con aquella casa vieja por donde pasó tanta vida. Y de la que no va quedando más que estos pobres recuerdos nuestros que borrará la tierra.

Julio C. DA ROSA.

(Especial para EL DIA.)



En esta casa funciona hoy el Liceo Departamental de Treinta y Tres, bajo la dirección del Prof. Homero P. Macedo.



El bosque sagrado de los celtas, el Lug, dio su nombre a la ciudad de Lugo. Esta vista muestra el paso del heráldico río Miño junto a la bella ciudad gallega. (Foto R. Dimas).

El Celtismo Gallego: UN ESTILO ESPAÑOL

Cuatro estilos españoles —

HAY que desconfiar de las psicologías de los pueblos fabricadas por los prejuicios de los detractores o de los apologistas. De idéntica manera tampoco merecen mucho crédito los estereotipos forjados por los secuaces de cualquier determinismo, sea el geográfico, el económico o el ideológico. Pero por un camino científico, el de la personalidad de base, por ejemplo, es posible establecer un conjunto de rasgos culturales que permitan definir un carácter nacional o una modalidad regional. Y sin necesidad de recurrir al anális sociográfico de las actitudes colectivas un investigador sagaz e intelectualmente bien dotado puede rastrear las fuentes que forman el caudal histórico del "alma" de un pueblo.

En el caso de España no faltan por cierto las interpretaciones. Tal vez ningún pueblo del mundo haya sido objeto de más radiografías filosóficas y rabdomancias profanas que el español. El pueblo español, con sus contrastes espirituales, sus claroscuros éticos y su sentido trágico de la vida, amén de una docencia secular en el arte de bien morir, ha concitado el interés de las mentes europeas que lo contemplan como una intrusión dramática de la prehistoria en los sedimentos urbanizados de la *politesse*, y ha provocado la desorientación de las mentes indoamericanas que buscan en vano, tras el añejo ademán del conquistador, el fantasma primicial de sus concepciones y comportamientos vitales.

Sin embargo, se procede parcialmente cuando se considera a España como una etnia unitaria. La sombra y la luz de Castilla, magnificada por la prevalencia política de ésta, han ocultado a los ojos del observador extranjero las personalidades coexistentes de otras Españas. El espíritu castellano, obsesión de la generación del 98, es el protagonista de todas las modernas teorías y doctrinas de lo español cuando hay, en la misma Península, y hacia los cuatro puntos cardinales, zonas periféricas que definen, y no sólo con idiomas o dialectos, un mosaico regionalista que otorga a lo español diversidad continental dentro de la propia continentalidad europea.

En la nota anterior mencioné cuatro posibles estilos españoles: el iberismo castellano, el celtismo gallego, el cartaginesismo o punicismo catalán y el tartessismo andaluz. Y quedaron fuera del cuadro el euskarismo vasco, el lusitanismo portugués —políticamente diferenciado aunque culturalmente tributario del gran estuario peninsular— el mudejarismo murciano, el pelayismo asturiano, el fernandismo aragonés, etc.

Las grandes síntesis son peligrosas; desdeñan el matiz, bosquejan con rudeza dialéctica, se trepan al andamiaje metafórico. Pero a veces se debe apelar a ellas, tal el presente caso, para facilitar las tipificaciones. Y como en la caracterización del alma gallega se recurre siempre al comodín del celtismo he lanzado estos otros ismos al ruedo para concederles, como se dice en jerga taurina, la gracia de la alternativa.

El celtismo gallego —

Desde que me interesó el problema de la cultura y el pueblo gallegos he leído decenas de libros sobre el tema; he conversado con gran cantidad de hijos de la Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra; y, finalmente, he ordenado mis recuerdos del itinerario español. Y en todos los documentos, testimonios y evocaciones, el tópico del celtismo aflora de modo pertinaz.

Pero un espíritu siquiera familiarizado, ya que no adiestrado en su manejo, con las realidades etnológicas no puede aceptar sin sobresaltos la etiqueta del celtismo puesto que los celtas constituyeron un pueblo que, como lo advirtió Mommsen y lo demostró Hubert, sirvió de levadura a una civilización futura al tiempo que perdía su nacionalidad. Los celtas se metamorfizaron rápidamente allí donde acamparon. Fueron el fermento de la atlántica Europa de los Finisterres, el nexo prehistórico de los sopladores de gaita que desde Escocia e Irlanda hasta las rías bajas de Galicia levantan el agrio plañido de su melancólico instrumento hacia los cielos nublados. El celtismo es una hipótesis; en cambio, el europeismo gallego es una verdad histórica. Dice Otero y Pedrayo que debemos hablar del celtismo galego mientras no se descubra una conciencia histórica anterior. Pero con el celtismo gallego sucedió algo semejante a lo ocurrido con el folklore pampeano y andino, reinventado por los músicos de escuela de las ciudades rioplatenses cuando se necesitó, frente a los imperialismos económicos y mentales, una raíz telúrica afirmadora. La Galicia del siglo XIX, animada por el doble espaldarazo de la política romántica y del romanticismo estético (y político también) salió en busca de su trastienda histórica. Y en vez de encontrar el proceso asimilativo de humanidades y culturas impuesto por el camino de Santiago en el medioevo saltó con la garrocha del particularismo hacia el remotísimo ancestro céltico. Mámoas neolíticas, castros y citanias célticas, datos protohistóricos proporcionados por los cronistas romanos y oscuras supervivencias de otras edades míticas en las cuales la naturaleza y el hombre formaban una entidad fraterna, son los únicos hitos que nos guían a ese presentido o adivinado celtismo. Así como las alineaciones de menhires se sumergen en el mar de los druidas en la gran área de los cultos marinos y solares del Mar Tenebroso, del mismo modo las celtosofías y celtomanías se hunden en las aguas de la conjetura. Por eso el autorizado Otero y Pedrayo sugiere que "por muchos caminos podemos sospechar la psicología de la cultura celta" (*Historia de la cultura gallega*, 1939, pág. 20) sin que ninguno de ellos, agrego, pueda ofrecernos una vía de certidumbre. En el caso de un gallego altamente civilizado, de un universitario digamos, el invisible y vibrante eje del celtismo se manifestará, según el propio Otero y Pedrayo, "en la ausencia de una rígida dogmática, en la tendencia al ensueño y a la figuración de vidas que él nunca podrá vivir, en una enorme ironía, en la sucesión arbitraria de exaltaciones y de presiones aún bajo la aparente solidez de una vida disciplinada". En el caso de un campesino, por más que acepte el novísimo mensaje de la mecanización agrícola, el soterrado celtismo se manifestará en que "no pasará indiferente, de noche, por el cementerio, ni llegará nunca a pensar que el bosque, la luna o los maiza-



La antiquísima fortaleza romana levantada sobre el castro celta que vigila la prosperidad de Vigo es un testimonio de las luchas entre los legionarios del Mediterráneo y los rubios guerreros del Norte. (Foto R. Dimas).

les son cosas absolutamente mecánicas y dotadas de una vida indiferente o sometida. Ese hombre, aunque no lo confiese jamás, experimenta la presencia callada y misteriosa de poderes, de almas amigas o enemigas, en todas las formas de la naturaleza, aunque sea un buen cristiano". Este último carácter, empero, coincide con la dimensión universal de las culturas agrarias, en cuyo rico folklore las antiquísimas tradiciones y las actitudes colectivas ante la vida delatan una veta que cala hondamente en el subsuelo milenario.

Animismo; sentimentalismo; ironía que, como en el caso del pesimismo calificado y estudiado por Ludwig Marcuse, revela "un estado de la madurez"; solidarismo humano; destreza en el arte de convivir; melancolía uterina por un mundo perdido que Correa Calderón, con ligereza imperdonable en tan grave talento, identifica con la Atlántida (ver *Teoría de la Atlántida*, 1959, páginas 107-115); camaradería metafísica entre el más allá y el más acá: he aquí alguno de los rasgos del celtismo que erige a la gaita doliente en símbolo estético y trascendente. La gaita desciende de las montañas cantando como el viento, para ser escuchada por todos, trayendo un mensaje que no se puede eludir y que sólo entrega su estremecido secreto en la unanimidad de la naturaleza plena, junto a las ríos doradas, en medio de las romerías multicolores bajo el gran cielo que llora y sueña al compás de su gemido incesante y melodioso. No se concibe una gaita prisionera en un salón ni un gallego racionalista e individualista. Pero ambos casos, quizá confirmando con su excepcionalidad la áurea regla céltica, se dan con sospechosa frecuencia. . .

Frente a este celtismo que liga a Galicia por lo bajo a las divinidades *ctónicas* de la prehistoria y que se hace el más puro europeísmo para vincularla por lo alto con la mejor tradición de Occidente se hallan el iberismo castellano, el tartessismo andaluz y el punicismo catalán, los otros retoños regionalistas de la etnia española.

El iberismo castellano —

Castilla, asentada en su roca, piedra moral sobre piedra geológica, arco tendido de la voluntad y el ascetismo, dispara sus flechas hacia la desmesurada heroica, hacia el orgullo ritual, hacia la hombría en perpetuo desvelo. Castilla, corazón de España pero no toda España, maestra de fórmulas para vivir desviviendo y para morir matando, irracional en su ideario místico y recalcitrante en la evocación de la hispanidad *urbi et orbi* ganada —y perdida— por sus capitanes militares y espirituales, es el anverso de Galicia.

El iberismo de Numancia, la hazaña de la conquista de América, la furia española desatada en los campos de Nápoles y las villas de Flandes, la lucha secular contra el moro atemperada apenas por las flores delicadas del Romancero popular, el coraje siempre gastado a manos llenas (y tras el coraje la carne irreponible chupada por las sanguijuelas del ganivetiano doctor Sangredo) y la docencia de una grandeza dura y usuaria consigo misma, impusieron a Castilla el ejercicio de un titanismo que desembocó a la postre en esos cenicientos pueblos pintados por Azorín, en esas tierras terribles de los Alvargonzales cantados por Machado.

El tartessismo andaluz —

Andalucía es otra cosa. Tan o más marginal que Galicia, su tradición tartessiana mira hacia el Africa. En ella impera la norma vegetal descripta admirablemente por Ortega y Gasset en su *Teoría de Andalucía*. La gracia, el ángel y el duende de los pueblos mediterráneos propician en las vegas ardientes del sur otra floración de símbolos. El histrionismo de los gitanos y la vida al aire libre del zoco se manifiestan en la palabra rumbosa, en el gesto vivo, en el sentido estético del ocio, en el juego apasionado del amor. Andalucía es opulenta en su estilo, pero íntima e individualista en sus patios recatados. Así como Galicia es la aulodia de Dionisos, Andalucía es la citarodia de Apolo; en la guitarra nocturna tiembla su logarítmica belleza, se revela la cifrada armonía que los antiguos navegantes griegos trajeron en los trirremes hasta sus costas. Lo apolíneo, empero, se combina con la profundidad mágica, tan bien estudiada por Spengler, de la cultura arábiga. Y como lejano telón de fondo, el mítico Tartessos, imaginado ya que no hallado por Schulten, fragua una temprana grandeza de paisajes, ciudades y cultivos que hoy evocan como un bien perdido el *cante jondo* del *cantaor* y el zapateo obsesivo de la *bailaora*.

El punicismo catalán —

Cataluña, la otra gran marginal del nordeste, es también mediterránea pero con un sentido pragmático que si bien no heredó del púnico mereció recibirlo. Antes de que Castilla esgrimiera el guantelete de hierro de la unidad española Cataluña enviaba sus naves al otro Levante, a las islas egeas y al Asia Menor. Sus hazañas náuticas tenían una infraestructura militar y comercial como diría un materialista histórico. Pero en la superestructura florecían una cultura ecuménica y un sentido civil y burgués de la vida que se anticipó en siglos al gesto menguado del capitalismo calvinista. Amiga de las artes y de las empresas racionalizadas a un tiempo, equilibrada y práctica, pulcra y rica, Cataluña halló en su cartaginesismo sin mercenarios una fórmula ideal que pudo ofrecer a toda España para integrarla, antes de sus desventuras, al gran concierto de una Europa sabia y tecnificada, metódica y progresista. Pero, como muy bien dice un personaje de Ciro Bayo, la *pubilla Cataluña* no fue escuchada por el *hereu Castilla*. "Con la hegemonía castellana, los nietos de los almogávares colgaron sus armas, y los caballeros catalanes, con raras excepciones, ya que no podían ser cortesanos y caudillos, se hicieron comerciantes y fabricantes. La *pubilla Cataluña* entendió que era pasado el tiempo de las expediciones por su cuenta a las islas de Italia y al Oriente; vio que el Mediterráneo era vencido por el Océano y se resignó a hilar la rueca, a cambiar sus castillos por fábricas y sus bajeles por naves mercantes, dejando al *hereu Castilla* las empresas militares y el aumento del patrimonio" (*Lazarillo español*, 1945, pág. 223). Del epílogo de estos hechos nos sigue hablando el propio Ciro Bayo; no obstante, nos interesa sólo el comienzo y no el desenlace de este requiebro y discusión de siglos entre la lonja y la espada, entre el punicismo ilustrado de la prosperidad catalana y el iberismo adusto del castellano viejo, tan certeramente satirizado por Larra en un artículo famoso.

Las proyecciones filosóficas del celtismo —

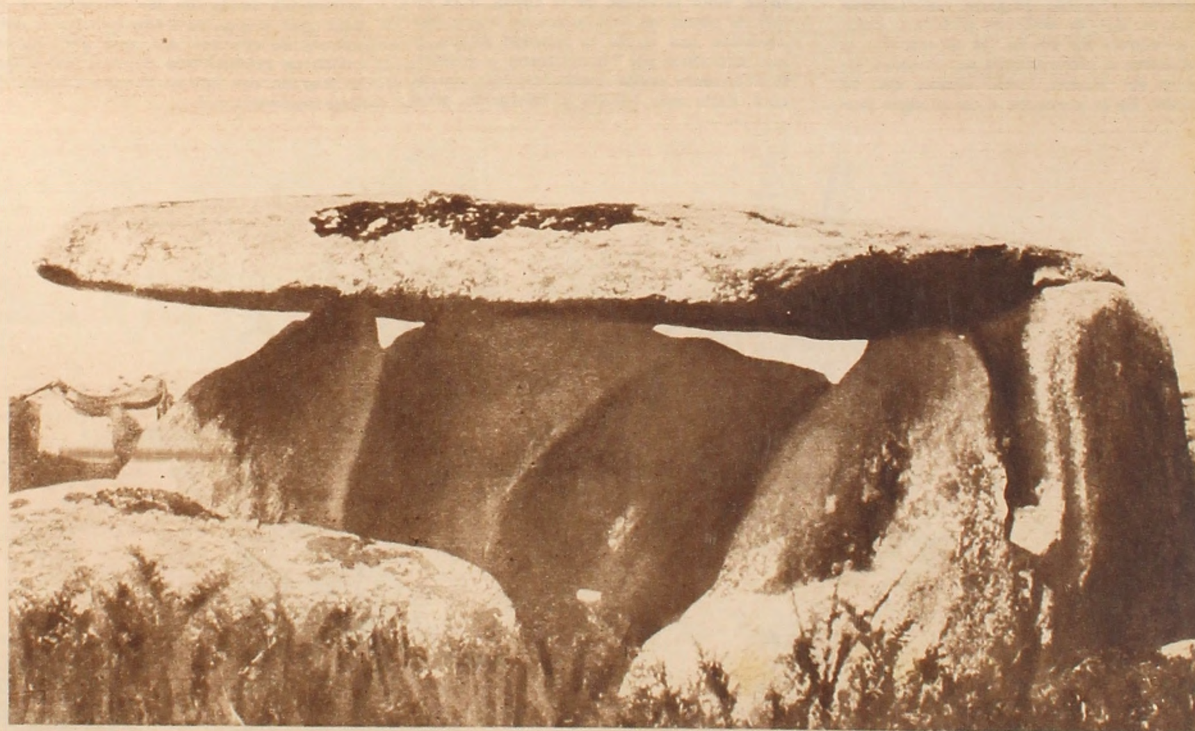
Estos cuatro estilos no agotan la originalidad y diversidad españolas. El celtismo gallego es un énfasis que perdura en la Península y se trasplanta a nuestras tierras rioplatenses. Sin embargo el psicoanálisis del alma gallega sólo está en sus comienzos. El celtismo es una hipótesis de trabajo, una aventura del pensamiento. Las realidades psicológicas de la saudade y de la ironía nos revelan otras vertientes de la cultura gallega que merecen un tratamiento especial.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA.)



Entre los campos sembrados de maíz, un emisario de las altas culturas indígenas de América muy bien adaptado al clima de Galicia, un hórreo de ascendencia céltica define el paisaje cultural del agro gallego. (Foto R. Dimas).



El dolmen de Dombate, una pétrea supervivencia de los cultos célticos al más allá. (Foto Archivo Más).



VOLPE JORDAN. — "Pintura". Oleo. Primer Premio.



AMEZAGA. — "Costureras". Oleo.

Comisión Nacional de Bellas Artes

XXIII SALON NACIONAL DE

CON una presentación más pulcra, cuidando detalles que tienen siempre importancia, como lo son algunas mejoras al Salón, al que sin duda falta todavía luz, se inauguró días pasados el XXIII Certamen Nacional.

La impresión que se tiene en cuanto se entra a esta exposición, es que ha mejorado su valor comparado con el del año anterior. Es más rico en colorido, y equilibrado y sobrio en contenido. También más cerca del sentido pictórico que impera actualmente en nuestro país. Sin eludir la responsabilidad de exhibir cuadros de diversos y antagónicos conceptos, puede aún exigirse más, en una justiciera y bien encaminada labor hacia la sensatez y respeto por las obras que verdaderamente ostentan valores como para figurar en esta muestra. Existen como siempre telas que en una u otra forma expresiva, están por debajo de dicho nivel. Las inquietudes estéticas que se mueven dentro del margen naturalista, expresionista y abstracto, se reflejan con caracteres definidos, y puede juzgarse notoriamente la fuerza del naturalismo pictórico, cuando se aborda sin eludir las dificultades, y se someten a plena prueba sus virtudes, en cuadros de aliento, como algunos que se exponen. En lo abstracto, si existe algún cuadro que más adelante comentaremos como representante en su valor parcial, llega empero a regir como extremo, un asomo de "tachismo", que parece ser uno de los últimos "ismos" con que adornan la sílaba final de las denominaciones modernas. En realidad, el Salón trae una sorpresa, y ella se basa en la sección escultura que próximamente comentaremos, y que está representada a un nivel mucho más alto que otros años. Entremos pues a analizar rápidamente esta impresión favorable en su sección pintura. Un impacto severo recibe el visitante, al tener delante un cuadro de gran tamaño y para mejor una figura "Estudiante de Bellas Artes", de A. Hernández. Este Premio al retrato, constituye un esfuerzo digno de tenerse en cuenta. Ya el pintor venía perfilándose en anteriores obras que siempre hemos destacado. En ésta, su labor ha rendido elocuentemente. Si acaso, esos grandes espacios del fondo se advierten poco matizados, posiblemente por el reflejo de la luz en su ubicación. El dibujo da como firme valor el apoyo de la figura, y el toque de pincel no deja nunca de seguir una intención que al fin es también dibujo, y que se traduce por francos trazos y acentos. Posiblemente pueda construirse más una figura, darle más solidez y valoración, pero lo cierto es que el artista ha atacado con brío y felicidad una serie de dificultades que en total han dado ganancia hacia sus virtudes. Y en el paisaje, nos depara otra sorpresa el "Paisaje de Bolivia" de Nantes, del que adelantáramos en este mismo Suplemento no hace mucho, sus condiciones de pintor. En esta gran tela, aborda el artista un temario ajeno al de nuestro medio, pero por lo mismo no menos vívido y logrado. A grandes pinceladas, como debe tratarse una tela de tal envergadura, el pintor, con agilidad de trazo y visión total, ha compuesto un cuadro, teniendo para ello en cuenta una armonía de quemante luz que caracteriza y ubica el lugar del motivo. El fondo de montañas, alejado con sentido pictórico, y no con esfumaturas, se mantiene en una misma faz que los primeros planos, donde están manchadas figuras en movimiento y colorido que animan tan vasto espacio. En cuanto a la técnica empleada en óleo, Nantes recurre a lo que es básico: la "grisalle" en las sombras, y el empaste en la luz. No abandona el dibujo, que asoma en líneas seguras y definidoras de carácter. Así, esta obra ha escalado un peldaño más al joven pintor, que ha logrado con ella el Premio Cámara de Representantes.

Contra estas dos telas, un "Retrato" de E. Ribeiro. Es una figura de niña con su atuendo de bailarina, excusa que ha dado al pintor oportunidad de realizar un bello cuadro, donde los rojos han sido el punto de apoyo para desarrollar una rica fantasía envolvente en un fondo claro, con leves sombras proyectadas y esfumadas. En verdad, el valor primordial radica en la bien pintada cabeza, y en su expresividad; el modelado de las formas, y el dejar otras con bella intención.

El tema de playa de Martín, que le valió el Gran Premio, sigue una ruta ya trazada y muy trabajada del pintor. Creemos que esta tela le represente bien y nos parece más acertado que su otro cuadro, que posee un contraste de blancos, y un segundo plano menos logrado. El tema de abstracción, de Amalia Nieto —segundo premio— la presenta luciendo su fineza de entonación, pero disgregando los elementos, que pierden a nuestro entender conexión en el todo del cuadro. El Primer Premio de Volpe, titulado "Pintura", representa como tema, una escena de las inundaciones, imperando en ellas figuras envueltas en rojizos colores, que dan ambiente a la intención del pintor.

En cuanto a Amézaga, nos revela en un



DELLIOTI. — "Suburbios de San José". Oleo.



AMARAL. — "Puerto de Montevideo". Oleo.



OTTA. — *Autorretrato. Oleo.*



LARRALDE. — *"Retrato". Oleo.*



HERNANDEZ, A. — *"Estudiante de Bellas Artes". Oleo. Premio al retrato.*

INTURA

, una tontalidad más viva en verdes, el cuadro "Costureras", un tema lo esarrollar sus dotes de pintor de in-. De las obras de Echauri, nos agra-sas Viejas", donde hace resaltar un ntraste entre el total del cuadro en una llamada al ojo en plena luz, no "Niños jugando al rango", efectista en el movimiento. En tanto la pin-stracta, tiene a nuestro entender su nte, en las dos composiciones de S. el juego de ritmos está sincronizado o armonizado con la gama de color. No isamente esta faz de la pintura la que nta destacar las virtudes de la ar- la que preferimos en su otra mo- ya que lo abstracto puro, no lo ramos como pintura total, sino como decorativa de la misma, pero en lo como en otros que hemos señala-sincera manifestación del artista y rto en tratar formalmente un cua-s lleva a destacarlo, aún haciendo idad de nuestra posición respecto a xpresión. Volviendo al naturalismo, mos una naturaleza muerta de Cal-rando en la luz, de tenues y finos s, y un cuadro de Solari, de ar-, que mantiene el interés del pin-ca de sus dotes compositivas. Si Aguerre se destaca en el pequeño cuadro de frutas, no está a la altura de sus recursos el paisaje, haciéndonos una impresión igual, aunque con distinto concepto, el cuadro de Ventayol. Si Verdié ha logrado más sencillez, ha perdido en cambio la ductilidad de recursos, en los que además, partía en base de un naturalismo estilizado. Deja mucho al color por el color. Gurewischt encara una pintura sólida en una ventana muy sugerente en el juego de luces, y Gobi vuelve en un grande interior, a vencer difícil problema de espacio y color. Dellicotti ha presentado un gran adelanto: nos referimos a que aborda un cuadro de paisaje extenso y caserío, y envueltos en luces doradas; al igual que su tema de puerto, constituye un aporte feliz al Salón. De los cuadros de J. Páez, surge, dentro de esa amalgama algo grotesca de trozos de color, el motivo que lo inspiró, hallándonos con un Marchand, algo convencional cuando abandona la toma directa. Su temario "Los buitres" y "Despojos del mar", están lejos de sus otras telas, en las que sus valores sosteníanse totalmente, a pesar de su fuga en favor de la pintura. Tal expresionismo no creemos encuentre eco en el espíritu del artista.

Muy bien logrado "El puerto de Montevideo" de Amaral, fuerte de color y luz, así como los cuadros de Montani, se mantienen a su nivel. Un autorretrato de Motta humildemente pintado, y un intento abstracto de Capece, son de interés y dentro de las características últimas, la pintura de María Rosa de Ferrari. Original hallamos a Neder Costa, y una obra de Tokarz, desarrollada en ritmos de composición ubicando elementos naturales, así como la tela de Feldman y De los Santos, manifiestan un naturalismo con preocupación de hallar lo expresivo, aunque anotemos a este último, con una tonalidad muy uniforme. El paisaje de Pares logró hallar en los verdes buena composición de color, y el tema de Capózzoli, rico en colorido e imaginación, nos refiere en su fantasía, algún recuerdo de Matisse. Dentro de lo moderno, Berdiá, construye en sus cuadros, y Franzia sigue en su esfuerzo naturalista, en una tela en la que se opone dificultades. Fuera de concurso encontramos un Paisaje de París, de Zoma Baitler, muy entonado en dorados, y una de sus telas más logradas en el encuentro de la luz impresionista.

Nos falta aún comentar de esta sección pintura, donde la expresión de distintos conceptos se oponen demostrando el estado actual de dicho arte en el Uruguay. Más que otras veces, puede palparse el largo puente que separa las dificultades de una y otra tendencia, pues se han hecho presentes cuadros de gran tamaño —recordamos el de Espínola y al de Hernández o Nantes— éstos dos en oposición del primero, por ubicar algunos que destaquen tal concepto, que dan a la expresión una visión clara para traer a colación el pensamiento tan justo de Vaz Ferreira, y que en la inauguración de la muestra citara en su discurso el escultor Zorrilla de San Martín: "Fórmula para recibir cualquier nueva doctrina de Arte: bienvenida; siempre que sea además de todo y no en lugar de nada."

Eduardo VERNAZZA.

(Especial para EL DIA.)



RIBEIRO, E. — *"Retrato". Oleo.*



ECHAURI. — *"Casas viejas". Oleo.*



NANTES. — *Paisaje de Bolivia. Oleo.*

LA VESTIMENTA DEL

EL SIGLO XVIII



Gauchos (Charrúas civilizados). J. B. Debret (1820-27). Grabado coloreado. (Col. O. Assunção).

MUCHO se ha escrito sobre el gaucho y dentro de ello, muchas páginas se han dedicado a su especial modo de vestir. Pero si en el estudio del hombre se ha caído en el error de considerarlo un producto étnico o de encararlo como un personaje legendario o cuando menos literario, en el vestuario se ha caído en el vicio de mirarlo como un fenómeno particular sin relacionarlo social, ecológica, étnica o económicamente, destacando más el pintoresquismo del detalle, que el origen real de las vestimentas y su porqué.

Reconocemos las dificultades que existen para enfocar el tema, máxime que se trata del modo de vestir de un tipo social eminentemente económico, de nivel cultural menor, que por su modo de vida marginal o errático o vagabundo, toma el vestido sin un orden, sin seguir desde luego como el hombre de ciudad o el organizado labrador, dictados de moda o normas más estrictas y generalmente más austeras de funcionalidad, unidos a un afán por lo colorido o churrigueresco propio de su condición de hombre involucionado. Este último detalle se acentúa más aún por el hecho de pertenecer el gaucho a una organización superpatriarcal, del tipo clan varonil, donde el hombre es el eje y el brazo en una palabra, lo es todo y donde la mujer ocupa un lugar menos que secundario. Clanes varoniles típicos son ejemplos universales, los ladrones del desierto en Arabia y Noráfrica, obviamente espectaculares en el vestir del hombre; también lo son los marinos de todo el mundo y conocido es su afán de ostentación física que tiene sus rasgos más salientes en los aretes de las orejas y los llamativos tatuajes.

Las organizaciones donde el hombre está siempre en contacto con el hombre y en pugna con la organización social y/o la naturaleza ambientes, además de un superindividualismo y un afán de libertad indomeñables, atributos innegables del varón, provocan la acentuación de otros, como una gran soberbia, valentía y espíritu de lucha. Estos atributos que son también propios del macho en las etapas inferiores de la escala zoológica ayudan a demostrar lo anteriormente expresado sobre el afán de ostentación física.



Gauchos. Acuarela anónima, presumiblemente de un viajero francés, de la misma época de los otros grabados. (Col. O. Assunção).

Ese proceso de regresión, de involución o de rebarbarización como prefiere llamarlo el Profesor Vidart, que sufre el europeo en estas tierras en condiciones especiales de ambiente y en contacto con el salvaje indígena, que lo han de convertir en un gaucho, por múltiples atributos espirituales y materiales, también se marca en su modo de vestir, que por esa razón y no por otras que se pretenden esgrimir vale entonces como factor que ayuda a su definición integral.

El eminente musicólogo argentino, profesor Carlos Vega en un sabroso trabajito sobre el gaucho, presentado el año pasado en el primer Congreso Internacional de Tradicionalismo efectuado en nuestra ciudad y al cual tuve oportunidad de asistir, dice:

"Para una ilustrativa hipótesis no poco "fantástica podríamos imaginar un hombre "mental y físicamente desnudo, como un "recién nacido sin ideas conscientes, ni "vello ni cabello. Sobre la base física de "ese hombre, como sobre una lámina en "blanco, podríamos conformar el personaje "que nos plazca. Si le inyectamos toda la "cultura del universitario, las correlativas "prácticas sociales de la ciudad, etc., y una "especialización de estadista; si le dejamos "discretos bigotes y cabellera corta y le "vestimos de acuerdo con la moda actual "para adultos serios, seguramente obtendríamos un buen candidato para Presidente de la República. En cambio, si le inyectamos la religión, el habla las creencias y las costumbres rurales, el conocimiento de la pampa, y el dominio de sus "animales; si le dejamos melena, bigote y "barba; si lo vestimos con bota de potro, "calzoncillos cribados, chiripá, etc., entonces podremos ofrecer un buen tipo de "gaucho pampeano."

Si nosotros pudiéramos tener a mano ese modelo ideal de hombre desnudo y lo pudiéramos vestir del modo más representativo para que se convirtiera en un gaucho prototipo, con todos los inconvenientes que esta generalización tiene por las razones apuntadas al comienzo, no lo podríamos hacer tampoco de una sola vez. Tendríamos que empezar por limitarlo en el espacio geográfico primero e inmediatamente en el tiempo. Procediendo de este modo y volviendo a señalar y perdónesenos la machaconería, que cualquier generalización en este tema siempre amenaza con pecar de arbitrarias, haremos una gran división en tres épocas del vestuario del gaucho en nuestro país.

La primera época abarcaría desde los orígenes, o sea desde la mitad aproximadamente del siglo XVIII al comienzo del ciclo emancipador, es decir, la década del 1810 al 20.

Una segunda época iría desde entonces hasta poco más del fin de la guerra grande, alrededor del año 60 o alargando un poco la cosa, hasta el 70, diríamos para fijar una fecha.

La última, correspondería al período de desintegración y asimilación social del tipo y se extendería hasta las dos primeras décadas del siglo actual, con resabios hasta hoy.

El gauderio o gaucho del siglo XVIII, changador y cruzador, se vestirá principalmente con prendas de origen español, diríamos mejor hispánicas o provincianas en su mayor parte, ya que hasta él no llegarán ni los caprichos ni las "standardizaciones" de la moda en las grandes ciudades. Sobre esos elementos del vestir además siempre atrasados en el tiempo, se superpondrán elementos netamente funcionales propios del indio que serán adoptados en el proceso de rebarbarización y mimetización o adaptación al medio, del hombre europeo. Se superpondrán a ellos algunas creaciones o variantes propias, que se producen con el tiempo, verdaderos elementos superfuncionales, muchas o la mayoría de las veces nada más que hipertrofias de prendas de uso europeo o indígena, que son transformadas y exaltadas por su afan de lucimiento físico o simplemente por la carencia de elementos más apropiados para su confección. Así, el cinto español de faltriquera o grandes bolsillos, se transformará en el ti-

GAUCHO A TRAVES DEL TIEMPO

rador, aparecerán las abotonaduras "de castra", los ponchos de seda, etc.

Y se superpondrán herencias peninsulares sobre prendas bárbaras o indígenas, como en el caso de la pasamanería y los bordados en el chiripá. Pero ya estamos amenazando con adentrarnos en exceso en el tema, sin haber primero definido la vestimenta más usual en los changadores y vagabundos de nuestro campo del siglo XVIII, en nuestro territorio, los primeros gauchos, y desde luego, sus imitadores y ejemplificadores, que ya lo eran como lo seguirán siendo luego, los estancieros y propietarios rurales.

Sin dejar de reconocer lo arbitrario de la solución, nos vamos a referir a un prototipo y las variantes como bien lo señalaba Blanes en unos apuntes, todo es cuestión de más o menos mugre o más o menos rotoso.

Varias son las fuentes documentales escritas a que podemos recurrir en esta época prácticamente huérfana de testimonios iconográficos, aunque las acuarelas de Emeric Essex Vidal, casi pueden asimilarse al vestuario típico de esta época puesto que fueron realizadas entre los años 1817 y 20.

Los viajeros son los primeros que nos dan una pintura del tipo y su modo de vestir, extasiados como los turistas de hoy en el detalle pintoresco, sin escarbar muchas veces, pues hay honrosas excepciones, en los porqués o los cómos y cuándos de los hechos y fenómenos que excitaban su curiosidad.

En el viaje de Malaspina se hace una interesante descripción de nuestro hombre de campo que dice así (1789):

"Una bota de medio pie, unas espuelas "de latón de peso de dos o tres libras, que "llaman nazarenas, un calzoncillo con fleco "suelto, un calzón de triple azul o colora-"do, abierto hasta más arriba de medio "muslo, que deje lucir el calzoncillo, de "cuya cinta está preso el cuchillo flamenco; "un armador, una chaqueta, un sombrero "redondo de ala muy corta con su barbi-"quejo, un pañuelo de seda de color y un "poncho ordinario es la gala del más galán "de los gauderios."

En "El lazarillo de ciegos caminantes" de A. Carrió se describe el tipo del siguiente modo:

"Mala camisa y peor vestido, procuran "encubrir con uno o dos ponchos..."

Finalmente Don Félix de Azara el eminente naturalista y minucioso observador, los describe del siguiente modo, en su "Memoria sobre el Estado Rural del Río de la Plata", que aunque escrita en 1801, tiene plena validez para los años inmediatos posteriores y anteriores por las pocas variantes que sufrió el vestuario en la época: "Los "que son acomodados usan chupa o chama-"rra, chaleco, calzones, calzoncillos, sombre-"ro, calzado y un "poncho" que es un pe-"dazo de tela de lana o algodón fabricado "en ls provincias de arriba, ancho siete "cuartas, largo doce y con una raja en me-"dio para sacar la cabeza. Y los peones y "jornaleros y gente pobre, no gastan zapa-"tos, los más no tienen chaleco, chupa ni "camisa y calzones, ciñéndose a los riñones "una jerga que llaman "chiripá"; y si tie-"nen algo de lo dicho, es sin remuda, an-"drajoso y puerco, pero nunca les faltan "los calzoncillos blancos, sombrero, "pon-"cho" para taparse y unas botas de medio "pie, sacadas de las piernas de los caba-"llos y vacas."

En la pintoresca "Causa del Ladrón Criminoso contra la Persona de José Salinas" del año 1797, que se encuentra en el Archivo del Juzgado Departamental de Soriano, y fuera publicada hace algunos años en la revista "ASIR", que es un notable testimonio de las hazañas de unos matreros que atraviesan nuestro territorio en busca de caballada para vender a los portugueses, comercio ilícito que es factor fundamental para el "gauchismo" en nuestra Banda, encontramos la siguiente referencia: una pulpería "tenía muchos Ponchos y Gergas por-"que recién avian venido de Bs. Ayres", asaltan a unos peones y a otro "le quita-"ron la chamarra", rovaron un chapeado "de plata bueno y dos frenos con copas, y "dos Ponchos uno Balandrán y otro apala"; "robaron dos Ponchos Balandranes un Fre-"no con Copas unas Espuelas de Plata dos "Pellones colorados, y unas Gergas, y toda "quanta ropa avia... y un sombrero blanco."

En un sumario instruido en 1785 en el embargo de una tienda de los alrededores de Montevideo, cuyo inventario se realiza, se señala la existencia de las siguientes prendas que coinciden con las descripciones anteriores y van completando la indumentaria del gaucho en la época: "... ponchos santiagueños de varios colores, calzones de tripe ordinario encarnados y uno azul, camisas de lienzo de lino ordinario, calzoncillos, de lienzo de Galicia ordinario, de crea y de algodón; Gorros de Pisón azules (éstos eran seguramente gorros de manga pues Pisón es localidad gallega) sombreros blancos de Panza de burra... otro entrefino negro, barbijos de seda negra, pañuelos negros y de colores ceñidores de seda, bainas de suela para cuchillos, mazos de cuerda de Guitarra, bombillas de Lata para tomar mate, Cuchillos desolladores, baieta de la tierra azul, etc."

El distinguido investigador argentino Ricardo Rodríguez Molas, que ha realizado algunos interesantes ensayos sobre el gaucho, nos trae en un trabajito titulado "La indumentaria del gaucho en los siglos XVIII y XIX", publicado en la Revista de la Universidad de La Plata, Año I. Nº 1 las siguientes muy interesantes referencias a propósito del vestuario del gaucho en la época que estudiamos: en 1799 "Jacinto Chana, es de estatura baja, regordete de cuerpo, pelo grueso y mucho; rizos cortos, desertor de Blandengues de Maldonado, ojos grandes y mui vivos, cejisjunto a el cerrarse, delgada nariz empinada, carrillos llenos de poca barba, puchicos calzón azul de paño, armador de terciopelo negro, ponchillo cordobés, azul, camisa de bretaña gruesa..."; otro en el mismo expediente dice así: "...chaqueta y calzones de paño azul, y armador de bretaña y camisa de bretaña gruesa, poncho santiagueño con el campo amarillo, cinta en la boca de dicho poncho atisnada azul..." En 1792, de un tal Simón Pérez, heridor de otro, "gaucho en esta Banda", se dice: "...el vestido: chupa azul, calzones encarnados, espuelas de plata, bota blanca de gato".

Finalmente señalando un hecho que se aprecia en algunos de los grabados que acompañan esta nota, del uso de trenzas por los gauchos, dice que el testigo de un hecho criminal en 1797, relata que después de matar a la víctima "...le cortaron la trenza única del pelo con el sable y que tiene presente que este fué Tomás al decirle: "ahora te he de tuzar como caballo..."

En el siglo siguiente el gaucho no sólo se trenzaba el pelo, sino que usaba peinetas por presumir, así como usó aretes en una o las dos orejas, costumbre seguramente heredada de los marineros desertores que formaron entre el naciente gauchaje en nuestra Banda en esa edad de oro del siglo XVIII.

Resumiendo todo lo expresado hasta aquí y los relatos transcriptos vamos a dar la descripción somera del vestuario tipo del gaucho en el siglo XVIII y hasta los albores de la independencia: Sombrero aludo o gacho de fieltro o de paja de Jipijapa o de panza de burra; pañuelo en la cabeza atado atrás a veces en lugar de sombrero solo el pañuelo o un gorro de manga; camisa de crea o algodón de mangas amplias y cuello solapa; pañuelo al cuello como corbata o grande de "golilla"; chaleco (1) con o sin solapa, cerrado; chaqueta o chamarra o chupa, esta última llamada chaleco de mangas que es lo que era en realidad, las dos primeras de cuello volcado, a veces éste de terciopelo; calzón corto a la rodilla, comúnmente de tripe azul o colorado, sujeto a la cintura por un ceñidor o faja sobre el cual iba el cinto antecesor del de tirador con enormes bolsillos generalmente hecho de una tela de calidad y con bordados y pasamanería; calzoncillos de crea o hilo, con cribos o bordados en su parte inferior y deshilado o con flecos largos, cuyas extremidades salían por debajo del pantalón pero que dejaba al descubierto una parte de la pierna cubierta por medias de lana hasta la rodilla, de vicuña negra o a rayas y botas de cuero de potro o de gato. Se complementaba con el infaltable poncho, cuchillo y a veces bolas a la cintura, un culero de cuero para jinetear y las grandes espuelas, de latón, de hierro o de plata.

Como señalamos, prendas más o menos dependían de su pobreza o su negligencia y holgazanería, que los había hasta de "pata en el suelo" por no hacerse unas botas de potro que esas sólo había que tomarse el trabajo de fabricarlas pues la "materia prima" estaba a la mano y era gratuita.

En próximos artículos continuaremos estudiando la evolución del vestuario del gaucho en las etapas posteriores.

Fernando O. Assunçao.

(Especial para EL DIA.)



Estanciero de Montevideo. Emeric E. Vidal (1817). Acuarela. (Col. O. Assunção).

---

(1) o armador.



Edificio central del Cuerpo de Bomberos Voluntarios de Valparaíso.



Los bomberos de Santiago desfilan frente al Presidente de la República para agradecerle el dictado de una ley especial que otorgó fondos para el mantenimiento de los institutos de bomberos voluntarios en todo el país.

LOS BOMBEROS VOLUNTARIOS DE CHILE

MI primer recuerdo de los días vividos en Chile, coincide en su prioridad cronológica, con la de su emoción espiritual. Guardo de los bomberos voluntarios de Valparaíso y Viña del Mar, en lo más profundo de mi corazón, el recuerdo de su dignidad, su sacrificio y su heroísmo, expresiones silenciosas que magnifican su jerarquía. Cada contacto con ese núcleo de hombres, es una lección que se hace difícil olvidar; culto de esa dignidad, capacidad de ese sacrificio, vocación de ese heroísmo, en cuya permanente confrontación doble es apreciar una especie diferente, capaz de ofrendarse a sus semejantes en el holocausto de la propia vida, cuando está de por medio el cumplimiento de un deber doblemente sagrado, desde que se acata por propia decisión, y se realiza sin obligaciones ajenas a la propia personalidad. Ser voluntario es dar expansión a los más nobles sentimentos, abocándose al esfuerzo sin retribución que conforma un verdadero apostolado; es darse en disposición permanente de bien común. sin las exigencias de una obligación legal. con la sola apetencia de la hombría de bien, que se cumple en el silencio reflexivo, seguro de la muy íntima satisfacción de hacerlo por mandato de la propia conciencia.

La primera vez que desperté en Chile, al día siguiente de mi llegada, fue con el estrépito de una poderosa sirena que aullaba en mis oídos. Lejos estaba de imaginarla como el presagio de una de las más humanas y cariñosas emociones que guardo del país trasandino. Cuando bajé a tomar mi desayuno, y mientras el ejemplar de "El Mercurio" murmuraba entre mis manos su lección secular y americana, pregunté al "garcon" sobre el origen de la sirena. Se amplió su sonrisa bonachona en la satisfacción de ser mi informante en un tema muy de su agrado; por él descubrí que había sido el llamado de los bomberos, y me dio cien explicaciones sobre la benemérita institución, con el más aún de que él mismo formaba parte de una de las compañías de voluntarios. Aprendí allí, lo primero, que la alarma indica la existencia de un incendio o de un siniestro; que ella es la orden perentoria que llama a los voluntarios al cumplimiento de su noble apostolado; que toda labor debe ser abandonada para cumplir la exigencia de su llamado. También mi informante era voluntario, y ante mi pregunta sobre por qué no había concurrido este vez, me explicó que la alarma no correspondía a "su bomba", y me indicó cómo según la cantidad y duración de los toques, cada miembro de una compañía de bomberos, sabía la magnitud del siniestro y la zona que podía o no corresponderle.

Paulatinamente, la vida apacible del puerto, me fue mostrando la perfecta organización actual de los voluntarios. y aprendí de cada uno de los amigos chilenos, los hechos que jalonan la travectoria de abnegación y sacrificios de su siglo largo de existencia como institución organizada. Tenía noticias hermosas de los cuerpos de bomberos voluntarios de nuestro país, que como el de la Boca, mantiene un verdadero culto en su lucha contra los elementos, y que tiene en el populoso barrio porteño, el monopolio del cariño popular; pero en Chile, todos los bomberos son voluntarios; su vida como institución, es desde hace más de un siglo, la de la anécdota del heroísmo y la abnegación.

Mi primera noticia de los Bomberos Voluntarios de Valparaíso, la tuve hace muchos años, leyendo uno de los capítulos de EMELINA, novela que Ruben Darío escribió en colaboración con Eduardo Poirier, durante su estadía en Chile, y que fue concebida para presentarla al Certamen Varela de 1887. En aquellos tiempos, el poeta oyó muchas veces el repique de campanas que hoy reemplaza la potente sirena. Leyendo las crónicas de 1902, recordamos los arrojados servidores, cuando el gran incendio que destruyó los depósitos del Arsenal de Marina en el puerto de Valparaíso. Las crónicas del terremoto de 1906, sacuden el espíritu con la narración del sacrificio de los voluntarios, que pertenecientes a todas las categorías de la actividad social, a todos los credos, a todas las jerarquías económicas, se nivelaban en el ejercicio del apostolado bomberil, encontrando en la hazaña realizada con estoica sencillez, el nexo de unión que supera todas las divergencias de la lucha diaria. Cuando llegué a Chile, todavía estaban frescas en mi memoria las crónicas del pavoroso siniestro del primero de enero de 1953; la narración de los amigos, algunos de ellos voluntarios y testigos, ampliaron esa emoción brutal, y reconstruyeron los hechos: ocupados los voluntarios de varias compañías en la extinción de un gran incendio desatado en una barraca próxima a los cuarteles de la 8ª compañía, cuya guardia íntegra sucumbió en la tragedia, fueron sorprendidos por una violentísima explosión. Dinamita con destino a la construcción de caminos, estaba depositada bajo sus pies, en una dependencia de Vialidad, desde la cual se atacaba el fuego. Treinta voluntarios rindieron su vida junto a otro gran número de víctimas y más de cincuenta quedaron seriamente lesionados; entre la solidaridad al espectáculo doloroso de la abnegación castigada por la fatalidad, el pueblo todo de la nación chilena, lloró sus nuevos mártires y consagro definitivamente, más aún si ello hubiera sido posible, la labor de estos esforzados servidores de la sociedad.

La historia de los bomberos voluntarios de Chile, se inicia con la de los de Valparaíso. Un gran incendio ocurrido en la vecindad del edificio de correos de la ciudad, determinó la necesidad de constituir lo que en principio se llamó la Asociación de Bomberos Voluntarios, allá por el año 1851. Otro tanto ocurrió en Santiago, donde a raíz del pavoroso incendio de la Iglesia de la Compañía, que tuvo un desolador saldo de alrededor de tres mil muertos, se decidió constituir una organización similar a la constituída en el puerto, que tuvo su punto de partida después del terrible siniestro, en una reunión convocada en su propia casa por el señor José Luis Claro, la que por el número de concurrentes, hubo de realizarse en un lugar público, eligiéndose la sede del CASINO DE LA FILARMONICA.

Así se constituyeron, primero en Valparaíso en 1851. las compañías de bomberos voluntarios "Primera Compañía de Agua", "Segunda Compañía de Agua" y "Tercera Compañía de Hachas y Escalas". Después en Santiago en 1863, y bajo la superintendencia de don José Tomás de Urmeneta, se constituyen las primeras cuatro comp- ñías, que adoptaron los reglamentos red- tados por sus colegas y precursores de V- paraíso. Hoy existen once compañías en puerto; cuatro compañías en Viña del M- trece compañías en Santiago; e innume- bles compañías disperses en las principal- ciudades de Chile y muchas en sus puebl- menores.

Comenta Eduardo Blanco-Amor, en CHILE A LA VISTA, que nada le ha em- cionado tanto en aquel país, como la ganización de los bomberos voluntari- "¿No es todo esto adorable?", se pregun- "¿No ha de pasmarse el forastero fren- a tan singular condición de solidaridad h- mana, frente a tan hermoso ejemplo *ideal service* convivencial, tan escaso nuestra raza?" y agrega: "¿Qué menos pu- de el periodista en tránsito que escril- unas líneas, y escribirlas sofocando las e- presiones de su admirada simpatía para q- la crónica no resulte un exaltado ditira- bo?". Y así es; nada puede lograr un h- garcito en el corazón de quien ha vivi- algún tiempo en Chile, como esta emoci- de los bomberos voluntarios.

No se crea que el hecho de tratarse voluntarios, resta eficiencia u organizaci- a los bomberos chilenos. Su organizaci- es perfecta; los ejercicios se realizan en l- prácticas con severidad y precisión; aprendizaje se ajusta a las más moderna- enseñanzas que la técnica moderna brind- en la lucha contra el voraz elemento; su- materiales son de primera clase, y son conservados con orgulloso afán por los volun- tarios; las más poderosas autobombas, del más moderno sistema; las escalas telescó- picas de mayor alcance; los más arriesga- dos ejercicios; alarmas en que se prueb- la voluntad y la eficiencia; todo pone en favor de la lucha, los mejores esfuerzos del voluntario.

Ya instalado en mi oficina de trabajo frente a la Plaza Aníbal Pinto, he visto muchas veces al conjuro de los toques de sirena, hombres grandes y muchachones fornidos, que abandonaban las tareas de su- estudios de abogado, de sus talleres de fra- gua, de sus más importantes o modesta- ocupaciones, lanzarse a la calle, prisionero- del más sublime fuego sagrado, en procur- de las compañías ubicadas en las proximi- dades. Cuantas veces, con algún amigo, de- tuvimos el automóvil para levantar volun- tarios y llegamos al lugar del siniestro con- tentos de haber colaborado en mínima par- te, en la meritoria labor. Asistimos mucha- veces a las competencias en que los volun- tarios cotejan su preparación; es honor de- portivo lograr los primeros puestos, y su eficencia compromete ese honor para los momentos difíciles en que deben jugars- por la tranquilidad o la vida de sus seme- jantes. Hemos oído más de una vez el an- gustioso llamado de "Alarma General". E- entonces cuando la población vive suspens- de la presunción de una catástrofe.

El primer incendio que apagaron lo- bomberos voluntarios en Chile, se habí- producido a bordo del vapor "Perú", qu- con fuego en las carboneras, había encalla- do en la bahía, frente al barrio del Almen- dral, en Valparaíso. La ímproba labor fu- realizada bajo la lluvia, con elementos pri- marios, y frente al angustioso problem- que comportaba saber que la nave llevab- explosivos en su carga. El camino de sa- crificios, de abnegación, renunciamientos heroísmos, iniciado en aquella acción qu- duró más de seis horas, ha sido largo y de fecundas enseñanzas humanas. Quien n- conozca la organización de los voluntario- chilenos, preguntará o pensará en cuále- son las ventajas que reporta al hombre for- mar parte de ellas. Ninguna, como no se- el placer de ser útil a la sociedad, el hono- de "su compañía". El voluntario paga su uniforme, paga sus cuotas, se obliga a la- prácticas, debe rendir una cantidad de ap- titudes para su ingreso; aparte es objet- de un minucioso examen moral y físico, cu- ya aprobación comporta su verdadero des- posorio con el sacrificio. El voluntario n- tiene derecho a vivir en paz, a dormir e- paz; tiene obligaciones de toda clase, y n- tiene otro derecho que el de procurarse po- cualquier medio, la manera de llegar al lu- gar de peligro, y tratar de ser el primero siempre listo. En cualquier parte, le lleg- el anuncio de la alarma; si está en compa- ñía de los suyos en un cinematógrafo, por ejemplo, un disco rojo interrumpe la pe- lícula, anunciando el llamado, con indica-



Ejercicios de los bomberos voluntarios.



Dn. Humberto Landi, Superintendente de los Voluntarios de Valparaíso.

Música y Superstición

FACIL es comprobar que en gran parte de la humanidad subsiste aún, no obstante el progreso de la ciencia y de la razón, el deseo de comunicarse con divinidades que simbolicen o representen fuerzas desconocidas y sobrenaturales. Y es frecuente que estos contactos se realicen mediante prácticas rituales donde impera un estado de encantamiento colectivo.

Las causas o motivos que, en todos los tiempos han provocado estas supersticiones milenarias, suman en el transcurso de los siglos un conjunto de fenómenos insondables.

Son conocidos, sin embargo, de modo hipotético, muchos de los procesos que dan lugar al nacimiento de estas misteriosas concepciones, y en torno de ellos se han creado arquetipos dignos de ser tenidos en cuenta.

Uno de los más importantes señala las reacciones del instinto de conservación del hombre ante peligros reales e irreales, reacciones que se hacen tanto más agudas cuanto mayor es el desconocimiento de los factores propios de la naturaleza circundante.

No ha de ser, entretanto, esta la única de las influencias que se manifiestan en las recíprocas sugestiones colectivas, porque el todopoderoso instinto de conservación no se revela siempre con violencia igual e invariable en todos los seres. En lo que atañe al hombre, es necesario dar a este instinto el cariz de sentimientos complejos, al cual se le acoplan tantos otros, ocasionados por todos los sentidos síquicos y físicos que, en la actual etapa del conocimiento humano, ya no se ignoran.

Es nuestro propósito hacer en este pequeño trabajo, dado el interés musical de que se revisten, un ligero estudio sobre rituales religiosos que se practican entre las clases menos favorecidas del Brasil, y que reciben según las distintas regiones diferentes denominaciones genéricas: Pagelanza, en el Estado de Amazonas, Tambor de Mina y Tambor de Criollo en el Estado de Pará, Babassué, en el Estado de Paraíba, Xango en el Estado de Pernambuco y en el de Alagoas, Candomblés, en el Estado de Bahía, Macumbá, en Río de Janeiro y otros Estados del Sur del Brasil.

El fenómeno mágico existente en estos rituales está representado por la profunda fe arraigada en los asistentes, que dan por seguro y definitivo el hecho de que allí están presenciando y participando de acontecimientos que se desarrollan más allá de los límites del mundo físico.

La fascinación ejerce su dominio sobre las facultades de aquellos seres, convencidos de que ya no existen corporalmente, pues en la emoción de sus voces o en el impulso de sus danzas, no son ellos —así lo creen— que cantan o bailan, sino algún dios que errara en búsqueda de transformación terrena.

Se da por sentado que el origen de estos ritos se debe a la forzada inmigración africana, y en realidad debe admitirse su gran influencia. Pero a juicio nuestro parecería que se renunciara demasiado fácilmente a encontrar en estas prácticas una relación con la idiosincrasia de las poblaciones precolombinas.

La mente del hombre primitivo está rodeada por misterios muy cercanos y permanentes. La lluvia o una simple puesta de sol constituyen para él manifestaciones del ignoto. El precaverse de este mundo o el comunicarse con él, son deseos tan elementales en esta etapa de inexperiencia racional como la necesidad de alimentarse o saciar la sed.

Teniendo en cuenta esta condición el descontar influencias autóctonas en estos rituales, equivale a formular hipótesis de que el continente, al verificarse la conquista, se encontraba despoblado.

Es muy posible que estas distorsiones del criterio analítico, sean el resultado de la ausencia de estudios funcionalistas e internos de estas llamadas Macumbas. (1)

El que presentamos en estas líneas es muy somero, pero quizá contenga observaciones inéditas en lo relativo a la estructura general y particular de estos actos religiosos.

Quien alguna vez haya asistido como curioso o simple turista, a uno de estos ritos no podrá formarse una idea sobre la profunda organización al cual se encuentran subordinados.

En Río de Janeiro, por ejemplo, proliferan los locales o simplemente rincones aislados en las montañas donde se efectúan estos ceremoniales, regidos todos ellos por una dirección centralizada.

Además, los encantamientos están predeterminados en un sistema inmutable, por el cual cada uno de estos rincones pertenece a un solo santo o dios (con su séquito), que actúa como único guía o protector de los frecuentadores.

En lo que se refiere a las macumbas, este sistema establece dos grandes divisiones que toman la denominación de Leyes. Es así que, en estos medios, se conoce popularmente por el término de Ley de los Caboclos (2), aquella que rige los rituales de los dioses o espíritus benéficos. Y Ley de las almas, aquella a que obedecen los rituales de los dioses o espíritus maléficos.

Esta terminología, sin embargo, en las esferas más altas, es decir, en la dirección central de las macumbas, no es utilizada, dándose a la primera el nombre de Ley de Umbanda, y a la segunda el de Ley de Quimbanda.

Cada una de estas dos grandes leyes está dividida en las llamadas siete líneas, representadas por siete dioses o santos generales, y a su vez, cada una de estas líneas se subdividen en siete legiones, jefiadas, respectivamente, por siete dioses secundarios.

Son precisamente estos dioses secundarios, los de las llamadas legiones aquellos que no pueden cambiar nunca de local o rincón para sus ceremoniales.

Detallemos, para ser más claros, tan sólo una de esas líneas y sus siete legiones.

La Línea de Iemanjá (diosa de las aguas) de la Ley de Umbanda. Está subdividida en las legiones siguientes:

1. Legión de las Sirenas (Jefe, Oxún).
2. Legión de las Ondinas (Jefe, Naná).
3. Legión de las caboclas del Mar (Jefe, Indaiá).
4. Legión de las caboclas de los ríos (Jefe, Iará).
5. Legión de los marinos (Jefe, Tarimá).
6. Legión de los calungas (Jefe, Calunga).
7. Legión de la Estrella Guía (Jefe, María Madalena).

Hemos indicado solamente el sistema establecido para las macumbas de Río de Janeiro, pues en los demás Estados brasileños antes mencionados, la terminología general y particular inclusive en la denominación de los dioses, sufre modificaciones.

Estos dioses y sus séquitos se manifiestan mediante los dueños de los locales, que son llamados "Paes (padres) de Santo". Las facultades de estos sacerdotes, por lo general, son hereditarias. Algunos de ellos —nos han informado— tienen noticias de que sus bisabuelos ya servían al mismo dios.

No ampliamos los detalles de esta estructuración porque no cabrían en el ámbito del presente artículo. Los proporcionaríamos, entretanto, y muy gustosos, a los etnógrafos que los consideren útiles para sus investigaciones.

A nosotros, lo que nos interesa particularmente destacar, es el aspecto musical, muy importante por cierto, de estas macumbas.

Cada uno de los "paes de santo" posee un coro femenino o mixto, con el cual se cantan las tonadas de los dioses.

Son éstos cantos rituales que no pueden ser ejecutados fuera de los locales o rincones respectivos, y tampoco en los momentos de ausencia de los dioses a los cuales pertenecen.

Sólo en casos muy especiales, cuando el dios jefe o guía de una legión tarda en presentarse y después que los instrumentos de percusión lo estuvieron llamando inútilmente con el toque denominado "adarrum", puede permitirse que aquellas voces dejen oír alguno de los cánticos de la divinidad ausente, a sólo efecto de que sea por ella escuchado y reconocido, con el consiguiente resultado de clamar y clamar, ya en última instancia, por su llegada.

La unción con que son cantadas estas tonadas, es conmovedora. Son voces cándidas que actúan con sorprendente habilidad intuitiva, dejando fluir de manera natural y espontánea una profunda emoción transfigurada.

Es este un reinado expresivo, donde imperan, plenas en misterio, fuerzas abstraídas de la subconciencia.

Algunas veces, cuando se trata de locales al aire libre con gran concurrencia, los cánticos son repetidos rítmicamente también por la muchedumbre asistente.

En un suburbio de Río de Janeiro denominado Caxias, y que se ha hecho famoso por la turbulencia de sus pobladores, escuchamos hace muy poco tiempo, en una de estas macumbas, a no menos de dos mil personas, coreando durante tres horas consecutivas el siguiente cántico:

"Juruatán, Juruatán, Juruatán
Mis guerreros allá en la selva
están gritando.
Juruatán, Juruatán, Juruatán



Trío musical que acompaña una procesión de pescadores del río Tieté, San Pablo. Brasil.

Mis guerreros allá en la selva
están gritando.
Juruatán, Juruatán, Juruatán
La tribu de Caetés viene
llegando.
Juruatán, Juruatán, Juruatán
La tribu de Caetés está
bajando.
Juruatán, Juruatán, Juruatán."

A los diez minutos la alucinación y el delirio, con potente impulso, habían hecho presa de aquellos seres. La autohipnosis del canto repetido (encantamiento) se había producido y se desvanecía la razón para dar tan sólo lugar a la omnipresencia de fuerzas abstractas diabólicas o angelicales, de la compleja formación del hombre.

Alberto SORIANO

(Especial para EL DIA)

---

(1) MACUMBA. Es el nombre dado a un instrumento musical de percusión. Se ejecuta mediante atricto con dos varillas largas que van saltando en los obstáculos con el consiguiente ruido. Una de las extremidades del instrumento se apoya en el hombro y la otra sobre el suelo. Por extensión se ha dado en Río de Janeiro este hombre a los rituales fetichistas.

(2) CABOCLOS. En el Brasil se da popularmente el nombre de "caboclos" a los indios puros y "criollos" a los mestizos.

---

ción de la compañía que se llama, y la obligación de salir de la sala con la mayor calma, para transformarla en veloz carrera tan pronto ha traspuesto el umbral; los he visto besar a su esposa, levantarse tranquilamente y partir al cumplimiento del deber.

El sentido de la cooperación es la mayor fuerza de los voluntarios. Su permanente alerta, es avanzada del sacrificio, trampolín del heroísmo. La asociación que comportan las compañías de voluntarios, es escuela de fraternales haceres. Ser bombero voluntario es honor para cualquier chileno. Así lo han comprendido los centenares, los miles de extranjeros que a lo largo de la vida de la institución, han sumado su esfuerzo y su voluntad de servir a la sociedad que los acogía en su seno. Cuando el clarín de la guerra, llamó a los hijos del país hermano al cumplimiento de los deberes nacionales, los bomberos extranjeros cubrieron por sí los puestos vacíos de la compañía, ajenos a los problemas territoriales; y siempre los primeros voluntarios de guerra, fueron los bomberos voluntarios.

Antes de organizarse los bomberos de Valparaíso y Santiago, hubieron organizaciones destinadas a preservar la propiedad de las amenazas del fuego. Así existieron la "Compañía de Incendios" de 1838, y la "Brigada de Bomberos" de 1848, en Santiago. Grandes personalidades de la república, entre las que se citan ciudadanos que ejercieron la Presidencia de la Nación, han ocupado en Chile su plaza de bombero voluntario; narra el cronista que el presidente don Pedro Montt, designado para ocupar la primera magistratura, pedía humildemente a la 6ª compañía de que formó parte hasta su fallecimiento, que facilitaran el pago de sus cuotas, enviando a cobrarlas al Palacio de la Moneda.

Con la misma unción con que más de una vez acompañamos los restos de un voluntario amigo hasta su última morada, seguido por sus compañeros de compañía a los acordes de una marcha melancólica, rendimos nuestro homenaje a quienes en nuestra estadía trasandina, nos enseñaron que por sobre los apetitos y las luchas, hay en el corazón de los hombres, material aprovechable que excitado en su justa medida, puede rendir los frutos de la solidaridad humana. Los Bomberos Voluntarios de Chile, saben demostrarlo en los momentos de peligro y angustia; así lo han hecho en cuanta ocasión les ha sido propicia, dejando en el camino, con la vida de heroicos camaradas, los jirones de dolor que hacen de su trayectoria la más maravillosa de las epopeyas civiles.

José M. LONGO

(Especial para EL DIA)



Escena de la llegada de los bomberos al lugar del incendio.

CIRCO RIO BRANCO

TECHERA, el patrón, llegó enfermo. Una enfermedad sin vuelta. Se había quedado hundido y amarillo. Sin palabras y con unos ojos de fiebre que se cerraron en una semana.

La tarde que regresaron del cementerio, el circo comenzó a desgranarse. La pareja de equilibristas se fue en el último tren.

Era el comienzo del fin. El caballerizo entró de peón en una panadería, uno de los payasos ingresó en "El Continental" que se encontraba en Maldonado; el hombre de las contorsiones, de los saltos mortales y que realizaba números de prestidigitación, desapareció una mañana con una de las artistas.

Rodríguez, que hacía más de veinte años que andaba entre aquel tablerío, sentía como si una astilla vidriosa lo fuera pinchando cada vez más adentro.

*

Sentado, así como estaba, en el banco enano junto a la puerta de la casilla, Rodríguez vio llegar la noche anticipada.

El viento agitaba las cuerdas sujetas a los mástiles y traía a ratos garúas frías que chocaban en las ancas de los caballos.

Nubes sin pausa cada vez más oscuras se iban sucediendo. Tiritaban los animales en las jaulas húmedas. Un hombre cruzó corriendo al borde de la calle. El ladrido de un perro era como un lamento.

Las sombras fueron oscureciendo los grises de las casas. Apagando los colores débiles de las chapas, pero aún podía leerse el letrero enorme tirado junto a un charco: CIRCO RIO BRANCO.

Había quedado solo. Esa tarde su compañero antes de irse, le dijo:

—Esto va como la pajarera de Cleto, cada vez más torcida.

Aprontó lo que tenía. Le pagó unos reales que le debía y fue a esperar los camiones que iban para Rocha.

Rodríguez alzó las solapas del saco, chupó del cigarro apagado y fue a avivar el fuego del brasero.

*

Un sol enfermo anduvo a tientas toda la mañana. A veces aparecían islas azules en el cielo. Vinieron otros peones para ayudar a extender las lonas. El hambre andaba de jaula en jaula, entre el bicherío.

Rodríguez se pasó levantando chapas, yendo en busca de bolsas de aserrín para el pisadero y pidiendo cebaduras de yerba en las casas vecinas.

Andaba con los zapatos llenos de barro y la humedad había traspuesto las plantillas de diario que les había colocado.

Vio cómo se llevaban a los perros. El dueño del boliche cargó tablas.

—Son pa' tapar los créditos —dijo alguien.

A mediodía le alcanzaron una sopa caldeda. Un muchacho trajo la noticia de que estaban llegando los camiones de "El Continental".

Esa noche no pudieron armar la carpa. Un viento de remolinos agitaba las ramazones de los árboles, chirriaba en los letreros, se desparramaba en chaparrones zumbando en las calles.

No se encendieron las luces de colores ni hubo aplauso ninguno.

El que se llenó fue el boliche. Hombres sentados en mesas y en cajones, barajas percudidas, vasos mediados y un humo espeso de tabaco.

El hombre lo había invitado con vino. Luego ofreció cigarros. Estaba interesado en los caballos. Se lo había dicho. Ahora retrocedía en el tiempo.

—Acá no había nada, unos sitios cercados de yuca.

Luego tactando igual que un ciego que al fin encuentra lo que busca, dijo:

—Creo que fue la primera vez que vinieron.

—La segunda fue cuando trajimos los patos.

En aquella época el circo tenía dos mástiles enormes, adornados con banderas de colores brillantes. Colores nuevos, luces potentes, uniformes de un azul metálico llenos de adornos de oro. Junto a la pista: dos filas de palcos, cinco filas de sillas y un gallinero que era todo risas, gritos y silbidos.

Los aplausos se oían desde la plaza y las monedas caían sobre la alfombra del picadero.

—¿Se acuerda del Libertad?

El Libertad era un caballo colorado que hacía proezas.

—Lo único que le faltaba era hablar.

Al final, se acercaba a un parapeto de madera, apretaba una palanca, sonaba un estampido y un resorte largaba dos banderas que salían despedidas como palomas. Entonces el caballo se hacía el muerto. Chasqueaba el látigo y ni se movía. Rodríguez, él, el mismo Rodríguez, que estaba en la fila de guardia, se acercaba, le daba azúcar y el animal salía al trote.

En el fondo rugían las fieras, ladraban los perros que esperaban comida, chillaban los monos en las cuchetas.

Ya se habían acercado en el tiempo. Un calendario que se repetía cada dos o tres años. El hombre como quien cae desde lo alto, dijo:

—Yo estaba la noche que se voló la carpa.

—Sí, el circo ya era la mitad del principio.

Un viento que levantó chapas, rasgó las lonas, tumbó a uno de los palos. Todo tan rápido, que el público no tuvo tiempo de escapar. Las mujeres gritaban. Los hombres curaban a los heridos. Las luces que se habían apagado, pronto se encendieron. Una lluvia vino y lavó todo.



DIBUJO DE
Y. LUZARDO

Después habían vuelto dos o tres veces más. Cada vez con menos. Lonas viejas llenas de remiendos, chapas oxidadas, sin fieras, con un escenario que era una vergüenza.

Ahora el hombre repetía la oferta:

—Usted habla con la mujer y me da el precio.

Volvió a invitar con vino. Le ofreció otro cigarro. Le palmeó el hombro.

*

El frío estira las solapas del saco de Rodríguez. Algunas estrellas asoman en lo alto, entre nubes espesas. Nadie anda en las calles.

No tiene sueño, no tiene dinero, no tiene nada. No ha conseguido trabajo tampoco. En "El Continental" le dijeron que no precisaban peones. Ellos se llevaron las maderas, las chapas y los monos.

El hombre que quería los caballos volvió dos veces más a verlo. La mujer no quiso venderlos.

Rodríguez está con el caballerizo, duerme en la misma cama, porque el otro trabaja de noche en la panadería, pero tiene un desvelo que es un remache.

Anda solo, caminando por calles perdidas. A veces siente el paso de estopa de los perros, siguiéndolo.

Casi sin darse cuenta, llega al baldío. La misma esquina, los mismos árboles, el foco hamacándose al viento. Allí, allí estaban los bichos, el escenario, las casillas.

Está bajo los árboles que golpeaban su techo. El cielo se agrieta y asoma la luna en creciente que blanquea todo.

*

La luna está colgada sobre una ciudad lejana. Rodríguez en la fila de guardia. Ya sonó la tercera campana que anuncia el comienzo de la función. Sobre un entarimado, la banda ejecuta una marcha.

En lo alto del gallinero, unos muchachos ritman, golpeándose las rodillas con las manos. Algunos piden a gritos, que aparezca el payaso. Rodríguez sabe que el payaso recién entrará en el segundo número. Ahora recuerda que no le ha puesto el chaleco al mono que saldrá de jinete en un galgo. No es nada, hay tiempo. Se corren las cortinas del fondo y aparece toda la compañía a saludar al público. El circo está repleto. Los artistas saludan y se retiran.

Chasquea un látigo, luego un grito. El caballo pasa junto a él, casi rozándolo. Detrás, Techera, el patrón.

El techo de la carpa ondula con el viento. En lo alto, en lo alto las nubes se aprietan. Ahora Rodríguez ve los caballos quietos atados a las estacas.

Se acaricia la frente como si tuviera fiebre. Piensa que podría irse con ellos. Perderse en un camino rumbo a pagos distintos. Pero no. Allí entre la gramilla que viene creciendo, está el letrero tumbado. Lo da vuelta: CIRCO RIO BRANCO.

Es como si estuviera frente a un muerto, las manos mansas en los bolsillos, la cabeza hundida en las solapas, la mirada fija en las letras descoloridas.

Ricardo Leonel FIGUEREDO

(Especial para EL DIA)

TARZÁN ES UN TESTIGO DE LA CIENCIA MEDICA DE LA SELVA, DONDE MUCHOS DE LOS SECRETOS DE LA NATURALEZA SON AÚN DESCONOCIDOS PARA LA CIVILIZACIÓN.

por EDGAR RICE BURROUGHS' Tarzan

"YO LO HAGO MUY FUERTE, TARZÁN--PERO NO TENGO MAGIA PARA HACERLO HABLAR.

LA ÚNICA PISTA DE LA IDENTIDAD DE ESTE MUCHACHITO SON LAS INICIALES **I.T.O.** EN UNA CADENA DE PLATA QUE LLEVA AL CUELLO. TARZÁN ESTÁ INTRIGADO... EL MUCHACHO ENTIENDE LO QUE EL MÉDICO LE DICE, PERO NO QUIERE... O NO **PUEDE**... HABLAR.

"BUEN DÍA, JEFE. TU MUDO NO LO ES CUANDO DUERME! RONCA COMO UN HOMBRE!

CREEMOS QUE EL DIABLO PUEDA ESTAR DENTRO DE ÉL... AGUANTANDO SU LENGUA!

BILL ELLIOTT
JOHN CELARDO

DESPIERTA, CHICO!

ESTARÍA MEJOR ENTRE SU PROPIA GENTE! ALGÚN DÍA, TARZÁN, TU ENCONTRARÁS DE DONDE PROCEDE!

COME CHICO, Y ESCÚCHAME! TE AYUDARÉ A HABLAR! MIRA COMO HAGO QUE LAS PALABRAS HUYAN DE MI BOCA!

11-30
1447

TÚ..CHICO! YO..TARZÁN! TÚ, CHICO **I.T.O.**! AHORA, DI **ITO**!

UNA IDEA SURGE: PROBAR PALABRAS QUE EL MUCHACHO PUEDA RECORDAR DE SU INFANCIA... ANTES DEL GOLPE DEL ACCIDENTE AEREO...

DÍ... MAMÁ! PAPÁ!

PAPÁ! PAPÁ!

EL MUDO... HABLA!

LE DISTE VOZ! TE LO DAREMOS A TÍ, TARZÁN. TE DA PODERES MÁGICOS!

TARZÁN ESTÁ EN EL UMBRAL DE SU MÁS GRANDE AVENTURA... EL PRÓXIMO DOMINGO!

YA LLEGA LA PRIMAVERA!



y la primavera en las telas está en la sección tejidos más completa del país, que este año cumple las primeras cincuenta llena de vigor y lozanía.

ALGODONES ESTAMPADOS
en una extraordinaria variedad de diseños y colores, firmes al lavado. Ancho 0.90, el metro $ 3.80

ZEPHIR "MIX"
en cuadros y rayas, tintas garantidas INDANTHREN Ancho 0.85, el metro $ 5.50

POPELINA estampada
en modernos diseños de brillantes coloridos. Ancho 0.90, el metro $ 6.50

LAVILISTO ESTAMPADO
la tela que no se plancha, presentamos la nueva selección de diseños y colores. Ancho 0.90, el metro $ 8.50

SEDAS a lunares
en falla y gros, en la más completa variedad de dibujos y colores. Ancho 0.90, el metro $ 7.50

Alpaca de seda
el tejido impuesto por la moda, en delicados colores. Ancho 1.00, el metro $ 9.50

SHANTUNG
tipo natural estampado, en una bonita selección de diseños exclusivos. Ancho 1.00, el metro $ 10.50

ORGANZA de Nylon lisa,
en todos los colores para trajes de reunión. Ancho 1.00, el metro $ 12.50

50 AÑOS 1909-1959

CASA MATRIZ Avda. Agraciada 2302 TELEF. 20 09 61

SUC. GOES Avda. Gral. Flores 2341 TELEF. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

SUC. CORDON Avda. 18 de Julio 1601 TELEF. 40 41 11

NOVEDADES IMPORTADAS
Broderies y Clunys, Sedas naturales estampadas, Brocatos y Fallas, Radzimir, Terciopelos y Panas lisas.

PROGRAMACION DE CASA SOLER EN SAETA T.V. — Lunes y Miércoles a las 20 horas, siempre grandes atracciones. — Martes a las 21 y 30 horas la TELEREVISTA con su escenario de variedades.

50 AÑOS BRINDANDO
Precios al alcance de todos